





Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preussischer Kulturbesitz
ZK 2000/1468

Huelo

LAGO DE NAHUEL HUAPI



GRUPO DE EMBARCACIONES EN EL PUERTO ANCHORENA.

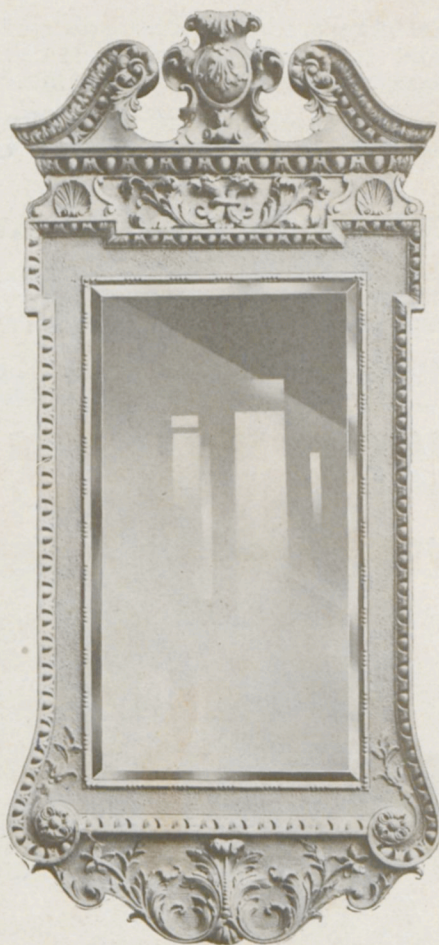
MAPLE

MUEBLES Y DECORACIONES

EXPOSICION DE MUEBLES ANTIGUOS

NUESTRA COLECCION HA SIDO
SUMAMENTE AUMENTADA POR
LA LLEGADA DE EUROPA
DE VARIOS MUEBLES RAROS
Y CURIOSOS

658, SUIPACHA



FOTOGRAFÍA DE UN ESPEJO, RICAMENTE
TALLADO, ESTILO «GEORGIAN». UN PAR
DE ESTOS ESPEJOS, ESTÁN EN VISTA EN
NUESTRAS GALERÍAS.



¡Cómo Nuevo!

Los muebles opacos, manchados y que recogen el polvo, pueden volver a tener su belleza primitiva si se les aplica la Cera Preparada de Johnson. ¿Ha notado Ud. un color azulado en sus muebles de caoba? Una aplicación de la

CERA PREPARADA DE JOHNSON

lo hará desaparecer y al mismo tiempo dará un lustre seco, brillante y de gran hermosura. Protegerá al barniz, haciendo mayor su duración y aumentando su hermosura; cubrirá las manchas y rayas. Limpia y dá lustre en una operación.

La Cera Preparada de Johnson no contiene aceite, jamás se pone suave o pegajosa con el calor y por lo tanto no recoge el polvo ni retiene las machas de los dedos.

Puede Ud. usarla en su piano, fonógrafo muebles, pisos, obra de madera, linóleo y objetos de cuero.

Magnífico Para Los Automóviles

porque conserva el acabado y lo protege contra las inclemencias del tiempo—evita que se parta el barniz, corta el agua y el polvo, haciendo que los lavados duren más.

Exija Ud. los productos Johnson. Si su vendedor no los tuviere, él puede obtenerlos de los distribuidores:

JANKEE SPECIALTIES AGENCY

Rivadavia, 1255

Buenos Aires

S. C. JOHNSON & SON

Fabricantes

Racine, Wisconsin, E. U. A.



ENRIQUE STEIN



Era el decano de los dibujantes nacionales y extranjeros que en la Argentina cultivan la caricatura. Y lo fué como todos sabemos, por inesperado azar de la esquivia fortuna.

Quería Stein explotar a las apacibles y dulces abejas, y tuvo que vivir del zumbido irónico e insistente de «El Mosquito». Así, aquel hombre cuyo sueño dorado estribó siempre en la industria honrada, fué quien, hacia la mitad del siglo XIX, echó los cimientos de la moderna sátira gráfica.

Enrique Stein tenía alma enérgica de caballero y trabajador. Además de las anécdotas populares de su vida, debe ser citada la siguiente, fiel testimonio de su hidalgo espíritu:

Una vez, Eduardo Sojo, rival de Stein en arte y en política, andaba perseguido por enemigos peligrosos; y, con esa clara intuición que a veces da el miedo, fué a verle demandando auxilio.

«Escóndase aquí en mi casa, donde nadie pensará en buscarlo», le dijo Stein. Y en el domicilio del dibujante rival se refugió Sojo hasta que pasara la tormenta.

Enrique Stein, colaborador del admirable Eduardo Wilde, convirtióse en propietario de «El Mosquito», la revista temida donde ambos hicieron afortunadas campañas políticas.

En 1887, el decano volvió a emprender sus tareas industriales, abriendo un establecimiento de útiles de pintura y dibujo, mientras proseguía sus trabajos caricaturescos. Poco a poco, ya anciano, hizo abandono del lápiz, y, en 1912, se despedía de la caricatura.

Pero no para siempre. Todos han visto los dibujos que desde 1914 adornaron las vidrieras de la casa Stein, en plena Avenida de Mayo. Fueron caricaturas en las que el patriota francés, a quien la «revanche» sorprendía ya inútil para empuñar las armas, luchaba a su manera por el país querido y lejano.

Así, por obra y gracia del patriotismo de un anciano, volvió a florecer el arte anticuado de aquellos tiempos de «El Mosquito» y de «La Presidencia».

Y le jour de gloire, cuando la gente esperaba una nueva prueba del entusiasmo de Stein, quedó desilusionada. El caricaturista caballero y patriota se moría.



Gath & Chaves, que cuenta con un numeroso y selecto grupo de compradores de Novedades, destacado en Europa, presenta siempre en artículos de moda, verdaderas primicias.

Las SEDERIAS y los TEJIDOS se prestan indudablemente por su actual tendencia artística a que los creadores de telas den a cada momento pruebas de su inspiración. Gath & Chaves ha logrado la colaboración de estos artistas, lo que le permite ofrecer a su clientela distinguida con antelación considerable, lo que más se destaca y lo que más distinción y refinamiento acusa. La exposición permanente de TEJIDOS y SEDERIAS que en el Anexo se efectúa, llama la atención de cuantas señoras la visitan.

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.
Anexo: Av. de Mayo,
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.

AGENCIA EN MAR DEL PLATA: RAMBLA Núms. 57 y 58.
Unión Telefónica, 741 (Mar del Plata)





Los nuevos coches STUDEBAKER, serie 19, tienen motores perfeccionados, transmisión intermedia, ejes nuevos, y nuevas son también las carrocerías, las capotas, parabrisas, y los guardabarros; en una palabra: son nuevos del todo.

Antes de iniciar la construcción de esta nueva serie de automóviles, cada uno de sus modelos originales ha sido sometido a severísima prueba efectuando un recorrido de 40.000 millas por las montañas y caminos carreteros de los Estados Unidos y Canadá, y finalmente por la pista de carreras de Chicago, sin que hayan presentado señal alguna de depreciación en su conjunto.

Los autos Studebaker están contruídos íntegramente en las fábricas Studebaker, eliminando así ganancias de ajustadores y obteniendo por lo tanto la consiguiente reducción en el costo, que representa una economía del 20 al 30 % para el comprador.

La calidad Studebaker, que predomina desde hace 66 años, está reflejado en estos coches.

**The Studebaker Corporation
of America**

Avenida de Mayo, 1235 - BUENOS AIRES - Unión Telef., 5935, Lib.

La Nueva Serie 19 STUDEBAKER

De líneas hermosas
Sumamente moderna
Mecánicamente perfecta

Coche liviano de 4 cilindros

5 pasajeros - 35 H. P. - Distancia entre los ejes, 112 pulgs.

Coche liviano de 6 cilindros

5 pasajeros - 50 H. P. - Distancia entre los ejes, 119 pulgs.

Gran Coche de 6 cilindros

7 pasajeros - 60 H. P. - Distancia entre los ejes, 126 pulgs.

Pidan ' Catálogos "A"



TEODORO ROOSEVELT
EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, NOTABLE ESTADISTA, Y GRAN DEFENSOR
DE LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS, FALLECIDO EL 6 DEL ACTUAL EN OYSTERBAY.
HOMENAJE DE PLUS ULTRA.

DIBUJO AL CARBÓN DE ALONSO.

NOTAS DE
CÓRDOBA



LA
CASA
DEL
VIRREY
SOBREMONTÉ

IELES a un propósito preconcebido, estamos en la noble y antigua ciudad de Córdoba, fundada por el muy ilustre señor Don Gerónimo Luis de Cabrera, Gobernador y Capitán General del Tucumán, el 6 de julio de 1573.

Hemos venido a visitar la casa del virrey Sobremonte, su primer Gobernador Intendente; hemos venido a conocer esta ruina, que no han sabido respetar los hombres y que han respetado los años.

La memoria de tan célebre personaje, fundador de la Concepción del Río IV, de las Villas de Tulumba, Chañar, Río Seco y Chilino, y de las poblaciones de San Carlos, en Mendoza, y la Carolina, en San Luis, ha sido rehabilitada con documentos fidedignos por el cronista Don Ignacio Garzón, en su obra sobre Córdoba, publicada el año de 1898. En ella se comprueba, que cuando fué conquistada Buenos Aires por las tropas de Berresford, Sobremonte no entró en Córdoba

como prófugo, sino como virrey, habiendo ido a rehacer su ejército, evitando el entrar en la capitulación para quedar libre en el supremo mando de gobierno y sostener los dominios del virreynato.

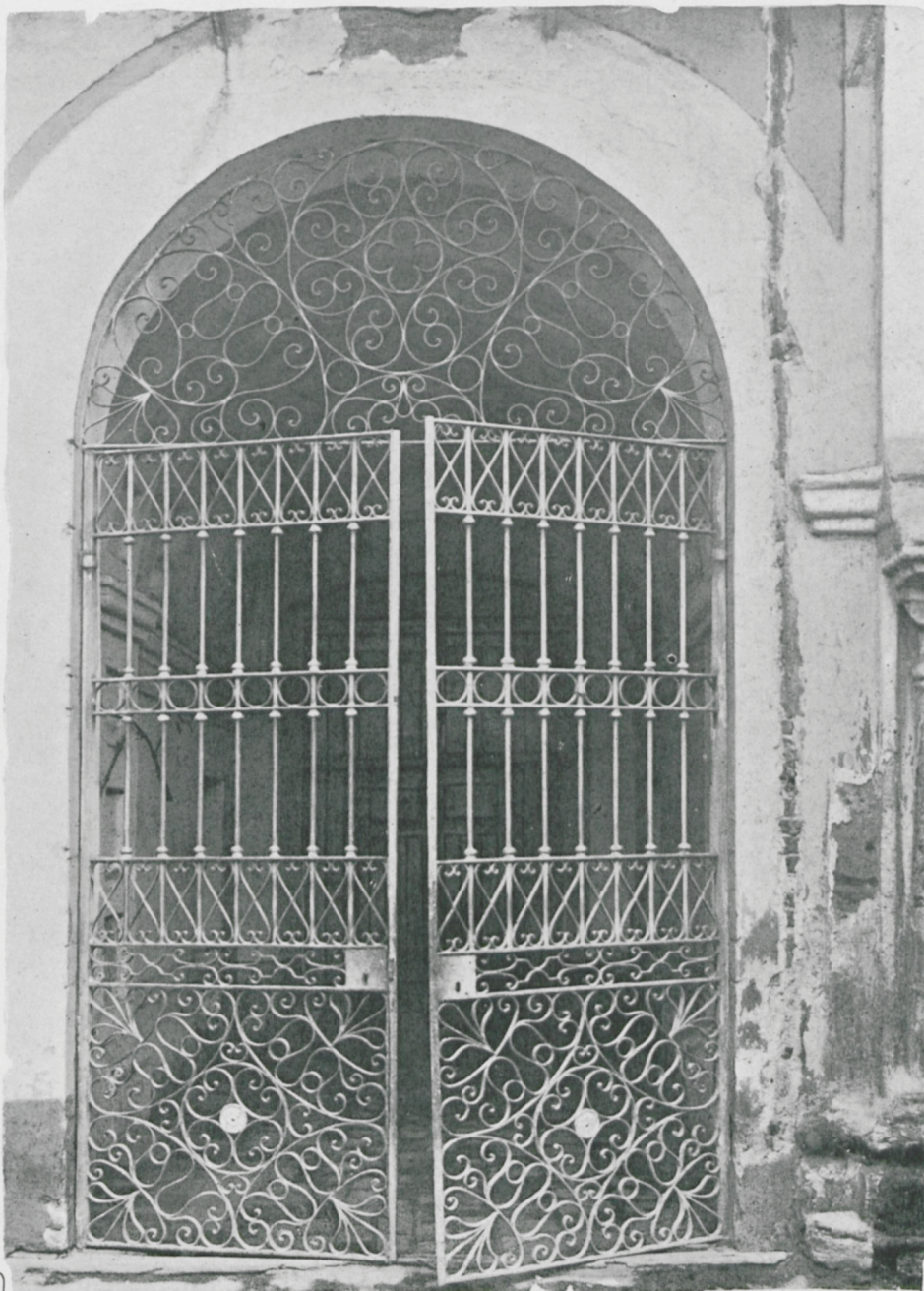
Para llevar a cabo la visita al viejo edificio, hemos salido por las calles de la ciudad. Estas calles son iguales a las de cualquier otro pueblo de la República; solamente, recortándose sobre el cielo azul, distantes y próximas, por el norte, por el oeste, por todas partes donde dirigimos la vista, encontramos siempre una torre de iglesia, de convento, uno de esos campanarios humildes que sintetizan el viejo espíritu de las viejas ciudades. A su alrededor están las edificaciones modernas, —artificiosas de cemento— donde vive la nueva generación de doctores, de comerciantes, de hacendados, de familias burguesas, tan desligadas ya de la tradición legendaria y heroica.

Mientras seguimos nuestra marcha, pensamos

que estas calles han perdido el carácter que tuvieron en otro tiempo, cuando Córdoba era gobernada por los capitulares del siglo XVIII, principalmente durante la gobernación de Sobremonte, época en que llegó a su mejor grado de urbanización, equidad y empleo de justicia. La población mejoraba en todos sus órdenes y a él se debe la fundación de escuelas gratuitas, la nivelación de las calles, el alumbrado público, y la construcción de paseos y mercados, abasteciendo al vecindario de aguas corrientes y dictando además sabias medidas, relacionadas con el ornamento y aseo de la ciudad. Apesar de todo, Córdoba ha seguido acrecentando su prestigio,—prestigio religioso y universitario;—las casas coloniales han ido cayendo poco a poco, siendo substituídas por estas otras de estilo francés, bajo cuyos muros duermen tres siglos de vida local y de menudas historias vecinales... Y pensamos: Indudablemente, Córdoba es una ciudad que evoluciona...

En nuestro caminar lento y de observación, llegamos a una plaza cuadrangular sombreada de árboles corpulentos. Por nuestro lado pasan gentes que marchan en todas direcciones: caras morochas, caras negras, caras blancas. Son gentes que van a sus quehaceres; nosotros las observamos filosóficamente, en tanto que seguimos por una calle larga, llena de tiendas y comercios. Después, al volver una esquina, hiere nuestra sensibilidad la nota blanca de una pared pobre y desnuda, a cuyo extremo sobresale una especie de torreón, rematado por ancho alero de madera. Este torreón tiene dos balcones unidos en el vértice de la esquina, y debajo dos puertas coronadas con cenefas de yeso gris, que separa un basamento de ladrillo con franjas y columnas. A los costados de las puertas hay grandes letreros donde se lee: «Bar y Confitería». Esta es la casa del virrey. En su derrengada y venerable mole, reposa el espíritu de la tradición. Ninguna de las otras puertas que hemos visto en los edificios modernos, se parece a estas puertas desvencijadas, con sus herrajes y pesados goznes mugrientos, que crujen a veces con un sonido lastimoso; ninguna ventana ni tragaluz es semejante tampoco a los oscuros ventanucos de este destartado caserón, con rejas de artísticos hierros retorcidos. Los años han dado a las paredes una palidez leprosa y cadavérica. Todo está rodeado de silencio, de serenidad, de quietud sosegada y majestuosa...

Nuestra vista contempla con estupor los altos balcones soñolientos, el alero podrido, los sombríos y tuertos tragaluces, las



del Gobernador y su séquito. Bajo tales disposiciones fué alhajada la casa con todo el aparato que requería tan ilustre huésped, y posteriormente, al establecerse allí con su familia, fueron enriquecidos los salones con nuevos muebles y platería de mérito, traídos de Oruro, de Charcas y de la Villa Imperial de Potosí. Todo esto ha desaparecido hace ya más de un siglo, al retirarse Sobremonde de la gobernación, después de trece años, o sea a fines de 1797.

El alma de la casa quedó ausente. Ninguno de sus moradores actuales, responde a su espíritu y a su leyenda.

En los días de la gobernación, la casa del marqués presentaba un aspecto de lujo suntuoso y rico. Las puertas de cuarterones eran guarnecidas con herrajes y pestillos de hierro; al abrirse producían un ruido seco y metálico, repercutiendo en las anchas cámaras familiares, donde un reloj de péndulo anunciaba el curso de las horas, con su tintineo acompasado y monocorde. En los pasillos y antecámaras, los esclavos negros, inmóviles ante los pesados cortinajes, lucían sus casacas rojas galoneadas de oro. Todo era señorial sin afectación. La sala de recibo, correspondiente al balcón angular, hallábase revestida con tapices procedentes de España y cubierto el pavimento con gruesas alfombras incásicas, trabajadas por los indios de Tilquiza, Chijra, Ocloyas y otros fundos hereditarios del valle de Jujuy. Los objetos decorativos eran, en su mayoría, trofeos de las campañas militares: agujas de sílex, yelmos con airones de plumas, caparazones de tortuga en forma de ro-

CANCELA DE HIERRO FORJADO



INTERIOR DEL ZAGUAN

tejas verdirrojas, la cancela negra y los puntales descarnados y húmedos, sin fuerzas ya para sostener el peso de la mole vetusta. Los grandes letreros, dejan en nuestro espíritu una impresión extraña. ¿Cómo — pensamos — la casa donde vivió el más célebre de los gobernadores de Córdoba, ha podido caer en tan vulgar destino? La curiosidad nos hace trasponer el dintel, y ya dentro, lo primero que vemos es una verja con labores afiligranadas, que llega hasta el medio punto del arco; y después, al penetrar en el patio, toda una síntesis de ruidos, de alegría de sol, de colores policromados, que se diluyen por el reflejo de la luz, al dar sobre una tela de randas incásicas. Atravesamos la cripta conventual, blanca y desnuda, con anchas puertas laterales; luego subimos por la escalera angosta, desembocando en un sencillo repartidor desmantelado. Las habitaciones son espaciales, solemnes, como hechas para recibir el tumulto representativo de cabildantes, militares y alto clero de la ciudad. Recordamos, que al ser favorecido el Marqués de Sobremonde con el título de Gobernador, el 15 de agosto de 1783, se dispuso por orden del Cabildo, que esta casa, ocupada por los jesuitas expulsados en 1767, fuese dispuesta para recibir la persona



PUERTA DEL PATIO

dela, placas pectorales, collares de huesos calcinados, y escudos de piel de saurio, rebrillando sobre los huinchos con cenefas de ópalo y negro. Sobre cómodas y pedestales, lindas telas de labores aztecas y calchaquies, cordones de alpaca, ponchos con grecas ondulantes y tejidos mexicanos, hechos con plumas de papagayo, de garza y de avestruz.

En el centro de las cámaras, grandes braseros de plata maciza, perfumaban el ambiente con aromas de canela y de nardo.

Los estrados eran de maderas oscuras, pesados y elegantes, con asiento de cuero o damasco, según el carácter y destino de cada sala; había sillas volantes de conversación, para sentarse a la jineta; sillones españoles de caoba con preciosos guadamascos de oro, y mesitas enanas para guardar las labores.

En los aparadores y alhacenas, junto a las vajillas de plata con los blasones esculpidos, hacían contraste los aguamaniles y garrafas, los huacos peruanos, los yuros de decoración antropomorfa, y los grandes candelabros, portadores de velas amarillas, que se utilizaban en noches de sarao y fiestas solemnes.

En todos estos aposentos había retratos de épocas anteriores; un inquisidor y una dama canonesa de San Juan, con su leyenda en latín. Frente a ellos, un galán petimetre

GALERIA DEL PATIO



del siglo XVIII, sobrino del marqués, luciendo casaca recamada y fina gorguera de encajes, peluca de tres bucles, y entre las áureas joyas, ópalo y amatistas, la roja insignia de los profesos de Montesa. En otro lugar, una dama de guardainfante, lucía su airosa cabeza con monterilla de plumas de faisán. Otros retratos, con valonas y ferreruelos, representaban personajes ilustres de la colonia, célebres en la gobernación del Tucumán. Algunos de estos retratos pasaron después a la península, conservándose otros en casas particulares del país, donde consta su procedencia.

Por disposición de las autoridades cordobesas, la casa del virrey Sobremonte se destinará en breve para museo colonial de la provincia, restaurándola en debida forma y conservándola para las generaciones futuras. Tal medida merece, sin duda, ser considerada en su verdadero sentido, pues no sólo implica respeto a lo tradicional, sino que con ella se reivindica de una vez la memoria de este virrey, equivocadamente juzgado por los historiadores partidistas de la Revolución y a quien es justo reconocer como a uno de los más ilustres gobernadores de Córdoba.

ANTONIO
PÉREZ-VALIENTE.

FOTOGRAFÍAS DE GONZÁLEZ
GARAÑO Y A. FRANCISCO.



EL MARISCAL D. RAFAEL DE SOBREMONTÉ
GOBERNADOR DE CORDOBA Y DESPUÉS
VIRREY DE BUENOS AIRES



REJA DE HIERRO FORJADO



D. FERNANDO PRIMO DE RIVERAY SOBREMONTÉ
CAPITAN GENERAL DEL EJERCITO ESPAÑOL
ÚLTIMO DESCENDIENTE DEL VIRREY.



EN LA QUIETUD DEL TALLER

ÓLEO DE A. CHRISTOPHERSEN.



NUESTROS PINTORES



ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN

Si hubiera necesidad de sintetizar la obra de este artista en dos solas palabras, diríamos que su labor, sobre toda otra cualidad, es equilibrada y reflexiva.

En arquitectura, Alejandro Christophersen, cuya pluralidad de medios es merecedora del más amplio de los elogios, sigue preferentemente la orientación francesa moderna, basada en los modelos del estilo Luis XVI, creados en el último tercio de siglo XVIII por el célebre arquitecto Gabriel. Así nos lo ha demostrado al menos, no sólo en artículos y conferencias, donde además ha puesto las bases para el resurgimiento del noble estilo colonial, sino también con el ejemplo de algunas de sus más importantes construcciones, entre ellas el palacio Anchorena, de la plaza San Martín, uno de los más bellos edificios de Buenos Aires, y la nueva Bolsa de Comercio, que demuestran todo el talento y capacidad de ejecución que ha desarrollado hasta hoy en su carrera.

Pero no es esto de lo que ahora debemos ocuparnos. La otra cualidad de su temperamento, esto es, los méritos que reúne como intérprete del color y luz, son los que quisiéramos poner de relieve; porque Christophersen, es ante todo un pintor sincero, que copia la naturaleza tal como él la siente, sin emplear recetas académicas ni recursos de convencionalismo pictórico. Su firme concepto de la composición, su dominio del colorido y la idea peculiar que desarrolla en el dibujo interno, dando vida y movimiento a las figuras, son particularidades propias que lo caracterizan y definen.



LA LECCIÓN DE
MANDOLÍN. ES-
TUDIO AL ÓLEO.

Si analizáramos su extensa labor—difundida en Europa y América—con todo el detenimiento y extensión que requiere una crítica bien razonada, tal vez trataríamos de descubrirle cierta semejanza de orientación con los levantistas españoles, cuya técnica, de una vibrante fuerza sensorial, culmina en el pincel avasallador e incomparable de Sorolla.

Como este maestro de la técnica y del color, Christophersen es a su vez un enamorado de la vida, que define su verdadera personalidad con dos elementos determinantes: la intuición y la perseverancia. Nacido en un bello rincón de Andalucía, aunque de origen noruego, pasa en Cádiz, su ciudad natal, los primeros años de la juventud; de aquí que su retina esté tan acostumbrada a la transparente luminosidad de aquel cielo, de aquel sol y de aquella naturaleza exuberante y cálida, tantas veces evocada por él, a través de la distancia, en cuadros de composición típica.

Apenas salido de la infancia, marcha a Noruega para cursar los años del bachillerato, dedicándose, terminado éste, a viajar por los demás países europeos. Enamorado de la pintura, realiza durante este viaje algunos ensayos como escenógrafo, que lo inician en el conocimiento de la línea. Después, siendo discípulo de la Real Academia de Bélgica, consigue con el diploma de arquitecto la medalla de oro. Luego marcha a París, donde vuelve años más tarde para perfeccionar sus conocimientos artísticos y arquitectónicos, asistiendo durante tres cursos a la escuela de arte dirigida por Fleury y Lefèvre. Bajo la paternidad de estos maestros, concurre a varias exposiciones en la capital fran-



*PETENERAS, EXPUES-
TO EN EL SALÓN DE
PARÍS DE 1909.





ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN, PINTANDO
EN EL JARDÍN DE SU CASA.



UN MOMENTO DE DESCANSO.

cesa, consiguiendo algunos triunfos que lo dan a conocer como pintor de fino temperamento.

A los 22 años de edad viene a Buenos Aires, donde se radica definitivamente. Aquí forma su hogar y su familia; aquí llega a imponerse en poco tiempo por sus méritos personales, y uniéndose al movimiento artístico del país, hace gala de su entusiasmo concurrendo a cuantas exposiciones y concursos se organizan, hasta lograr la reputación de que hoy goza, al cabo de veinte y ocho años de labor persistente y continuada.

Desde el principio de su carrera, Christophersen ha cultivado con acierto todos los géneros que se conocen, pero sin abandonar nunca la idea de su orientación fundamental, sintetizada en el sentido de que el arte de la pintura debe expresar fielmente la modalidad y el carácter de la época en que vive el artista. Así lo demuestra en cada uno de sus paisajes, en cada uno de sus estudios y retratos, dándonos la sensación de realidad que persigue con sus contrastes de color, suavizados a veces por la inflexión de lo delicado y gracioso. Las masas y las líneas, si están ciertamente colocadas al azar como corresponde a su tendencia realista, idéntica a la que siguen los pintores de la escuela mediterránea, no por eso dejan de tener la armonía luminosa de los más avanzados maestros del impresionismo; este efecto deslumbrador de su paleta hizo que cierto crítico, al formular un juicio amplio sobre la obra de Christophersen, dijera que los cuadros de este pintor pueden considerarse como un espectáculo esplendente.

VÍCTOR ANDRÉS.



LEYENDO UNA DE SUS CRÍTICAS DE ARTE.



FALLA

Por Vicente
Medina

Dibujo de
Medina Vera



Bendita seas, impulsiva y noble,
llena de juventud, de efusión y de encanto,
que la triste quietud de mi retiro
has revolucionado...

A tu correr, temblaba la espesura...
las flores con envidia te miraron...
¡vi que, en los bosquecillos, los árboles inquietos
te tendían las ramas atajándote el paso!...

Has venido, a ser flor entre las flores
y pajarillo alegre entre los pájaros
y agua viva, riente y relozona,
junto al arroyo claro...

Luego, más silencioso y triste que otras veces,
cuando tú ya te has ido, mi jardín se ha quedado...
y me he puesto a escuchar, para evocarte

en tus bellos chillidos, el cantar de los pájaros...
toco la fina seda de las rosas
para sentir la seda de tu brazo...
bebo de su perfume en las corolas
demente por la rosa de tus labios...
y, ante la seca y olorosa yerba,
te he recordado:
ante la seca yerba amontonada
donde, con cuerpo lánguido,
voluptuosamente te dejaste
caer traviesa como en lecho blando...

En la aplastada yerba está tu cuerpo
con tentadora marca señalado...

Ninfa has sido... Te evoco
yo con celo de fáuno...
¡y tiemblo, de pasión y de deseo,
la tentadora marca contemplando!



LA HILANDERA DE PROVINCIA Y EL NEGRITO CRIOLLO, EVOCAN LOS APACIBLES Y YA LEJANOS DÍAS DE LA COLONIA.



EN LOS TELARES DE RUSPI AYUISCA, LAS MUJERES DE SALTA Y SANTIAGO, HILAN LOS BLANCOS VELLONES CON EL SISTEMA PRIMITIVO.

ALFOMBRAS Y TEJIDOS INCÁSICOS

A exposición nacional de arte decorativo recientemente celebrada, ha sido una verdadera revelación en lo que se refiere al arte incásico aplicado a la decoración de tapices, muebles y alfombras, con los trabajos originales de los señores Guido y Gerbino y los tejidos del señor Clemente Onelli, trabajos que por su belleza y orientación, merecen toda clase de elogios. Sus autores son acaso los únicos que han puesto una nota original en el mencionado concurso, demostrando lo mucho que se puede hacer dentro de la tradición y del arte genuinamente americano.

Llevado de una justificada curiosidad por todo lo que se refiere al conocimiento y difusión de las industrias suntuarias del nuevo mundo, especialmente las aztecas e incásicas, he llegado al convencimiento de que estas artes, producto de una civilización extinguida, pueden competir y aún compararse con los modelos de fabricación egipcia, árabe, persa, y demás estilos ornamentales conocidos, tanto en la armonía de los colores como en la rareza y extraña combinación de los dibujos.

Ya en la época del descubrimiento, una de las cosas que llamaron más extraordinariamente la atención de los conquistadores, fué el uso que los indios hacían de telas y mantas primorosamente tejidas, constituyendo su elaboración una industria perfectamente organizada y extendida por todos los lugares del continente.

El Inca Garcilaso de la Vega, dice que una de las atribuciones de la familia real del Perú, era el proveer de suficiente cantidad de lanas en vellón o tejidas para abastecer a los súbditos. La lana se obtenía de los guanacos, llamas, alpacas y vicuñas salvajes, haciéndose la esquila en todas las regiones del dominio incásico, dirigida por miembros de la dinastía, o por los curacas, sus prefectos. También informa de como los incas no supieron la invención de los colchones siendo la ropa de las camas toda de mantas y cobertores hechos con lana de vicuña, tan suave y regalada, que se enviaron algunas «para el lecho del rey don Felipe II»; los mexicanos, en cambio, según refiere el historiador Solís, tenían camas entoldadas con colgaduras en forma de pabe-

llones, estando los reposorios formados con blandas esterillas de palma. En cuanto al lujo y alhajamiento de las cámaras reales de México y el Cuzco, algunos historiadores afirman que de los artesones de madera, sujetos en su misma tablazón, por desconocerse el uso de los clavos, pendían grandes colgaduras tejidas primorosamente, con finos y proporcionados tejidos en color, y el pavimento revestido de alfombras. Sobre la portada principal del palacio de México, el paramento de honor, hallábase cubierto por magnífico repostero bordado, en cuyo centro se veían las armas de los Moctezuma. Los demás aposentos guardaban asimismo gran cantidad de tapices dibujados con interposición de plumas, en que admiraban los aciertos entre lo prolijo y lo precioso; había también todo género de telas procedentes de los distintos estados del imperio, que hilaban y tejían las mujeres, «enemigas de la ociosidad y aplicadas al ingenio de las manos».

El jesuita Andrés Pérez de Rivas, hace memoria de la vestidura que ostentaba el Emperador en su primer encuentro con Hernán Cortés, de donde se infiere que el manto era doblado de dos telas, la una transparente dejando ver el recamado y flores hermosas de la interna, pendiente con mucho aire de los hombros, enlazadas las puntas al costado derecho y rematando en una rica joya por lazada.

Es sabido que tanto los aztecas como los incas usaban para decorar los tejidos figuras humanas y de animales, estilizados con un sentido geométrico y adornados de losanges, ajedrezados y randas serpentiformes, encuadrándolo todo dentro de artística greca, algo parecida al meandro helénico.

Las telas y alfombras que se hicieron en la época colonial eran una derivación de estos modelos, con la sola excepción de carecer de figuras humanas; de ese modo, fuese siguiendo la forma empleada por los árabes granadinos, según he podido comprobar con numerosos ejemplos, formándose entonces una nueva modalidad, que podría clasificarse de hispano-incásica.

En la elaboración de tejidos americanos se emplearon siempre los más variados colores, como se comprueba con los pocos fragmentos y modelos que han llegado hasta nuestros días, sacados en su mayor parte de las tumbas precolumbianas, y cuidadosamente conservados ahora en colecciones y museos. Los colores fundamentales empleados en



LAS TEJEDORAS ALTERNAN SU TRABAJO CON EL MATE TRADICIONAL, EMPLEANDO EN LA CONVERSACIÓN GIROS Y PALABRAS DEL IDIOMA ABORIGEN.



ALFOMBRAS Y TAPICES MODERNOS, REPRODUCIENDO LOS PRIMITIVOS ESTILOS INCÁSICOS.

la tintorería incásica, fueron el grana, que se obtenía de un insecto propio de los nopales mexicanos, el azul del añil, llamado también índigo, el anaranjado, mezcla de un producto vegetal con la ceniza del jume, el amarillo, sacado directamente de la planta de fique y del azafrán de la Puna, el grisáceo, extraído de determinadas especies arbóreas, el negro, producto del guayacán y del cebil, y el color verde, extraído de la jarilla, planta perenne en toda la región xerófito de Sud América.

La típica y bella industria de las alfombras y tejidos incásicos, resucitada por los señores Padilla, en Tucumán; Cárcano, en Córdoba; y Clemente Onelli, en Buenos Aires, empieza a merecer la atención del público selecto y de buen gusto, que demuestra, al adquirirlos, cómo pueden armonizarse estos elementos, de un refinamiento exótico, con los muebles de línea virreinal, muy de moda en los momentos actuales.

Tan simpática orientación del público, que descubre así

su predilección por las bellas cosas de origen continental, favorece sin duda el desarrollo de la vieja industria de tejidos, susceptible siempre de adquirir nuevos valores, con la creación de modelos originales, que, aunque sin salirse de los primitivos con sus grecas y randas características, podrían ser, por ejemplo, más a la manera del moderno impresionismo; dibujos policromados sobre grandes masas de color, con paisajes convencionales o quiméricos. Alfombras y tapices, únicos de originalidad, que al ser hechos con la perfección acostumbrada, posiblemente podrían llegar a competir en mérito, a los elaborados en los telares de Flandes, del Artois, de Florencia, de Madrid, y de tantas otras fábricas europeas, cuyos modelos se ven difundidos y copiados por todas partes. Es una aspiración muy fácil de ver realizada y a la que debieran contribuir con entusiasmo todos los artistas del país, por tratarse del elemento más propicio quizás, para la formación del futuro y verdadero arte argentino.

José M.^a PÉREZ-VALIENTE.



EL DESPACHO DE D. CLEMENTE ONELLI, EN SUS TELARES DE RUSPI AYUISCA.



ARTE FRANCÉS

LES DEUX AMIS

ÓLEO DE RIBOT, PROPIEDAD DEL DOCTOR FRANCISCO LLOBET.





Motivos de estío

Suave gracia de égloga tienen estos pequeños motivos que suavizan nuestra alma y se fijan largamente en la retina con su fresco y sedante encanto.

Si nos fuera dable el color preciso, la riqueza de tonos, el definir de los claroscuros, posiblemente alguna alma lejana vibrase armónica con nuestro místico entusiasmo por estos temas simples y sencillos.

Humildad de cuadros ciudadanos trasladados al prolijo escenario del parque público; enigma de paseante solitario que enhebra un poema, refresca un obsesor pesimismo, o sonríe a algún ensueño, inicial de amor que grava el estilete nervioso guiado por una mano femenina, entrelazando dos cifras serpentinadas sobre la propicia carne blanda de una anciana pita...

LA DAMA QUE LEE Al salvar un puentecito blanco, en rústico banco empotrado en una altura coronada de follaje verde claro, lee una mujer. Tiene una graciosa postura efectista; su cuerpo joven y flexible se dibuja preciso bajo las finas y claras telas del vestido. La dama vuelve lentamente las hojas del libro con una gravedad de comprensiva. ¡A sus pies, un niño rubio juega con las piedrecillas del sendero; el niño viste de rojo y va y viene con una movilidad de mariposa frente al hieratismo de la dama impasible que quién sabe por cuales regiones de ensueño tiene su alma!

LOS SEÑORES CIUDADANOS Por el camino central, a la húmeda sombra de los eucaliptos añosos, desfilan, lentos y nobles, los autos. Cruza algún jinete traqueado a usanza inglesa. Por las aceras los pequeños grupos pintorescos:

la mamá anciana, aburrída con las chicas interesantes; el burgués pacífico, resoplante, con sus chicos que llevan la palita, el balde, el muñeco... al lado la señora aun fresca... las señoritas solas. La que lleva la falda asaz breve... La que os mira. La indiferente. La que con el imán de su feminidad arrastra admiradores... Los dragones acaramelados...

DON JUAN Luego hay como un estremecimiento en los corazones, un palpar de almitas de mujer. Se dijera lo que acontece en los bosques entrerrianos cuando chirría aquella rara lechucita de enorme cabeza y garras poderosas que llaman caburé... ¡Por allí, por allí, con su garbo, con su pisada firme, con su mirar conquistador, con su aire audaz, con su tono elegante y su sombrero un poquitín echado sobre una oreja, viene don Juan!

Este nuestro don Juan criollo, que tiene conquistas a los cuatro vientos, que domina corazones con su hombría, con su apostura, con sus cartas llenas de faltas de ortografía...

Este nuestro don Juan, que debe tener en sus venas sangre de Moreira o de algún orgulloso hidalguillo de gotera...

El extiende la vista por el mar revuelto de la muchedumbre como un capitán desde el puente de mando de su barco, ¡y pasa!... ¡Pasa don Juan!

«EL TÍO VIVO» Con sus caballitos de madera que se columpian en movimientos iguales, con sus carrozas llenas de colorinches, adornadas de cabezas fantásticas de dragones y de espejos centelleantes, gira el carrousell al compás de sus cornetas chillonas, de

sus timbres metálicos, de sus platillos, de su bombo.

Giran las calesitas, mientas el muñeco rígido, que dirige la banda mecánica, agita en el aire los torpes compases de su batuta filarmónica.

Gira el «tío vivo» al son de musiquillas bulliciosas y alegres, en que tintinea el cascabel de Polichinela y estalla el escándalo de la risa traviesa de las operetas.

Gira el carrousell y la chiquillería lanza gritos de júbilo, caballeros en los bucéfalos de palo, y ríe sonoramente en el vaivén de las principescas carrozas historiadas de colorinches. En las carrozas cuajadas de pedrerías, de dorados, de caprichosos dibujos, como debió ser la del príncipe del cuento, que fué a buscar a la Cenicienta, con el zapatito de cristal que había perdido en el baile...

Esta música superficial y despreocupada, como el alma loca de un buen artista bohemio, puede no llegar al espíritu, pero emociona con saudades amables y nos trasforma en pequeños seres crédulos e inocentes...

Ese remolino de color y contento, esas cabecitas doradas, morenas, rojas, mareadas por un suave vals agradable nos evocan retrospectivas épocas, cuando allá en nuestro pueblo nos agolpábamos los «botijas» alrededor de las calesitas singulares a las que uno de los compañeros—más grande y tal vez más pobre—matizaba con los chillidos de un viejo órgano de manubrio...

Y mientras se va la imaginación en rauda vuelo, sigue «el tío vivo» — que tan bien pintara Ramírez Angel—sonando una cancionilla popular, que nos hace inconscientemente, acompañarla silbando tira... ra... ra... ri, tira... ra... ra... ri...

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

Montiel Ballesteros

SANTIAGO MACIEL. *El* VELLOCINO de ORO

Eran amigos inseparables, los tres, y los tres, literatos. Es cierto que la «Crítica», desde su actual solio en la crónica bibliográfica de los diarios, llama genio o «formidable» a cualquier extrangulador del idioma; pero no sería justo negar «inspiración poética» a Apolo Heredia; raras condiciones de psicólogo a Julio Bourget, y brillantez y transparencia, a la prosa de Hortensio Larra. Filádes y Orestes habían sido aumentados con otro ejemplar armónico, porque la amistad que unía a los tres «artistas del pensamiento y de la forma», como ellos íntimamente se llamaban, nunca había tenido quebrantos, hasta esa fecha, y eso que, en más de una ocasión, alguna cabecita adorable, colocada sobre un cuerpo delicioso, había aparecido en el mismo centro del triángulo fraternal, a manera de tentación diabólica, destinada a probar que ni la misma Geometría es capaz de resistir la intervención del «eterno femenino». No hubo conmoción, sin embargo, y los tres puntos permanecieron fijos, como atalayas, porque aquellos muchachos eran soñadores, pero soñadores discretos y precavidos; idealistas, pero idealistas experimentales.

—Pero, ¿cómo?— dirá cualquier didáctico, de esos que no admiten un segundo, ni menos un tercer sentido a los vocablos— eso es una contradicción, un verdadero absurdo.

Pues me afirmo en la calificación: «soñadores discretos», e «idealistas experimentales» y para hacerme entender, agregaré en forma de parábola:

El ave de blancura inmaculada, que cruza el cielo bajo la caricia radiante del astro, ¿no es un sueño de la aurora, no es un símbolo del ideal, remontándose a lo infinito? Bien; el ave de inmaculada albura, vuela a esa hora, y a cualquier hora, en dirección al sitio en que puede hallar algún alimento. De donde se deduce, que se puede volar y tener apetito, al mismo tiempo.

Por eso, los tres amigos, —jóvenes cultivadores de la Belleza, con cierta notoriedad en los círculos literarios rioplatenses, y motejados de «soñadores»,— hacia rato que estaban convencidos de que la gloria sólo posee principios nutritivos espirituales y que una cosa es la prosaica viscera en donde se reúnen los jugos gástricos, en cumplimiento de una misión ineludible, y otra, «las ansias», que, según el engañoso Becquer, indican que se lleva algo divino en la mente. Además, como porteros de pura cepa, aspiraban, no sólo a la gloria, sino también a la «buena vida», al lujo, a la ostentación, a convertirse, de acuerdo con la teoría económica, en circuladores de legítimos billetes de banco, permanentemente, sin solución de continuidad.

Una noche, en «El Derby», —restaurant de moda, — estando de sobremesa, la cuestión de «lo porvenir», se planteó seriamente. El psicólogo — como era natural — inició la conversación, haciendo algunas observaciones sutiles:

—La literatura, caros amigos, — dijo — no puede constituir un «fin», en estos tiempos. En otros, — ya pasados, desgraciadamente, — fué un «medio»; los escritores, prosistas o poetas, haciendo solamente prosa y verso o componiendo discursos, que después improvisaban con arte, llegaban a diputados, a senadores, a ministros y a presidentes de República. Hoy, para llegar a esas posiciones, huelga el cultivo de las células cerebrales. Basta ser caudillo hábil y oportunista, porque el oportunismo es una habilidad. La explotación, pues, de nuestras sobresalientes cualidades, es, y será infecunda, porque, a fuerza de años de labor, conquistaremos, tal vez, un nombre, pero no una posición desahogada para hacer frente a la vida, para lograr el éxito material absoluto. Por lo tanto, amigos, debemos tomar otra ruta, aunque claudiquemos. Hay que conquistar el vellocino de oro. Yo, por mi parte, desde este momento, me transformo en argonauta.

—Yo, — dijo el poeta, algo conmovido, — declaro, que el ideal puro no me satisface; que mi musa inspiradora se está volviendo un tanto positivista. Me hallo dispuesto a trazar un paréntesis, entre cuyos dos arcos depositaré mi lira resonante. Volveré por ella cuando pueda hacerla un estuche cubierto de preciosa pedrería. No dejaré, sin embargo, de protestar contra la realidad inexorable, aunque me someta al destino. Si hoy las monedas suenan mejor que una

cuerda órfica acepto el son de los discos áureos. No quiero ser una nota discordante en el concierto del siglo.

—Y yo, — exclamó el prosista, — abandono mi arte eximio, que no da más rendimientos que la psicología y la versicultura. En estas épocas, todos son escritores y hasta hay quien, a la inversa del personaje de Molière, hace mala prosa sin saberlo, porque como bien dice Julio Sandeau, se ha hecho uno de los oficios más fáciles, de una de las artes más difíciles.

—Apoyado, — dijo el psicólogo — pero, ¿cuál es el programa de ustedes?

—Creo, — expuso el poeta, — que lo mejor es que nos dediquemos a la ganadería. — Pero es el caso que somos unos ignorantes en eso de la selección de las razas.

—No importa, todo se aprende y más pronto lo que, como nosotros, tienen ilustración y talento...

—Bien, — exclamaron los amigos, casi a un tiempo: — ¡Al campo, al campo!...

—Pero antes, — repuso Bourget, — tenemos que hacer un juramento. Dentro de cinco años, ricos o pobres, debemos contraer el compromiso de encontrarnos los tres en este mismo lugar. Si alguno fracasara en su empresa, los que triunfemos quedaremos obligados a repartir nuestra fortuna con el amigo en desgracia.

—Aprobado, — gritaron los otros dos.

—Juremos, entonces.

—Juremos.

Y tendieron los brazos, en actitud solemne, como en la memorable «bendición de los puñales» de «Hugonotes».

El plazo iba a finalizar y ninguno de los amigos había dado «señales de vida» durante los cinco años de ausencia. Cada uno salió «por su lado», a «correr mundo», como en los cuentos infantiles, aunque todos, con el pensamiento fijo de dedicarse a los trabajos rurales. ¡Oh, noble destino del arte!

¿Qué había sido del psicólogo, del gran analizador de temperamentos? ¿Había, por fin, resuelto su problema personal, con el mismo acierto y prontitud que empleó, siempre, en la exploración del intrincado laberinto de las almas abstrusas y complejas?

¿Qué, del poeta sentimental, cuyo concepto de la vida moderna, le impelió a adaptar su fantasía al medio ambiente, en un acondicionamiento de cosa dúctil, como si

se tratase de una pasta, aunque divina? ¿Había realizado sus honestas y heroicas intenciones? Los consonantes, como bajo la acción de una alquimia prodigiosa, ¿habían adquirido sonoridades metálicas?

¿Qué, del prosista elegante y pulido, constructor de brillantes oraciones de original arquitectura, colaborador asiduo en todas las «Revistas» bonaerenses, que soñara vender sus lucubraciones, a los más altos precios, como si fueran títulos bursátiles?

Eran las 8 de noche, cuando los «mozos» de «El Derby» vieron entrar al psicólogo. Rodearon al antiguo cliente de la casa, saludándole y haciéndole reverencias, por más que él nunca fuera pródigo en el reparto de las propinas.

—Señor Bourget, — le decían — ¡qué bien está! ¡Si parece más joven! ¡Y cómo ha engordado!...

«Efectivamente; a pesar de su aire de hombre de campo, el viajero tenía cierta elegancia, y su rostro lleno y algo mofletudo, demostraba una nueva y fuerte vitalidad. La línea abdominal se pronunciaba francamente bajo el chaleco, y su aspecto de satisfacción y contento, fluía de toda su persona, como una radiación de la psiquis. Era indudable que el primer argonauta llegado, había conquistado su vellocino, venciendo los peligros de Scila y Caribdis y hasta, acaso, el de las Sirenas.

No había concluido Bourget de responder a las saluciones de los «mozos», cuando dos nuevos personajes, tomados del brazo, aparecieron en el salón. Eran el poeta y el prosista. Un abrazo estrecho unió a los tres amigos. Emocionados se contemplaban, como si la ausencia, no hubiese aflojado sus vínculos de afecto verdaderamente fraternal. Pero, ¡caso coincidente! Heredia y Larra, también, había aumentado en tejido adiposo, no pareciendo, sino, que los tres hubieran encontrado grandes depósitos de substancias nutritivas, en armonía con sus poderosas cualidades de asimilación. Parecían más jóvenes, descubriendo en sus sonrisas y en sus desplantas, ese equilibrio de las gentes que han encadenado el porvenir, sometiéndolo al capricho de su voluntad.

Se interrogaron mutuamente, con ansiedad, mientras los «mozos» les servían suculentas viandas y vinos generosos:

—¿Triunfaste?

—Triunfé.

—¿Y tú?

—Yo, también.

Exclamando los tres, casi al mismo tiempo:

—Todos hemos tenido suerte. ¡Oh, la ganadería!

Y Larra, agregó sentenciosamente:

—¡Oh la selección de las razas!

Y Heredia, no menos convencido:

—¡La industria madre es un Pactolo viviente.

—Bien — continuó Bourget. — Ahora que somos ricos, debemos de consolidar — aún más, si es posible — nuestros lazos amistosos. Esta noche les presentaré a mi esposa, una dulce criatura, con quien me uní a los dos meses cabales de irme al campo.

—Y yo a la mía — dijo el poeta. — Yo me casé a los tres meses.

Y Larra agregó, sonriendo:

—Yo, también, tengo que presentarles a mi querida compañera. Al mes de despedirme de ustedes, fué bendecida nuestra sociedad conyugal.

—¡Delicioso! — siguió Bourget. — Hemos logrado el mismo éxito en nuestros propósitos, como si nuestros destinos fueran idénticos...

Y agregó con cierta vanidad:

—Mi mujer es una joven estanciera muy acaudalada...

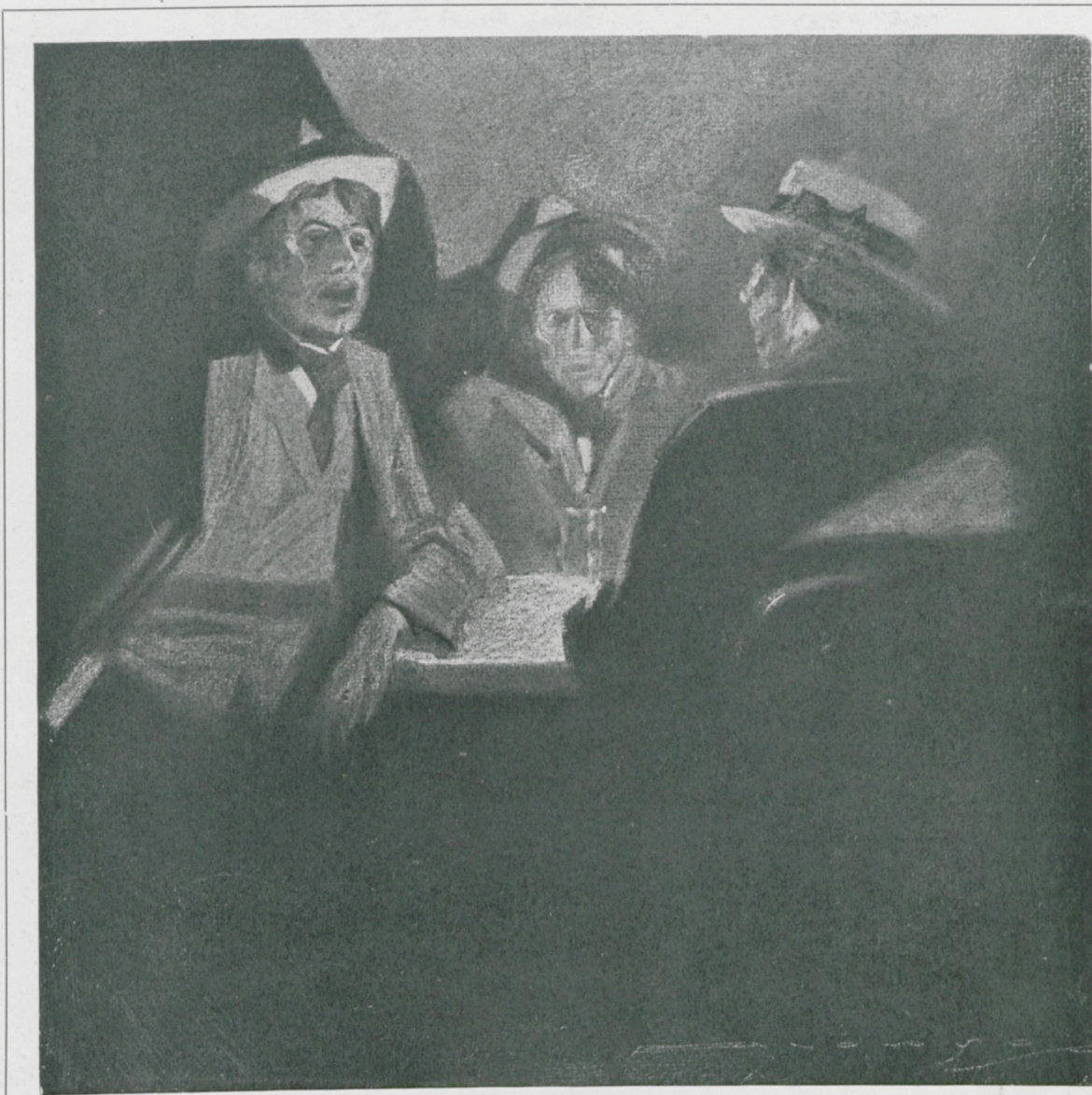
—La mía — respondió el poeta — una viuda, dueña de treinta mil hectáreas de campo, sin desperdicios y diez mil cabezas de ganado de alta mestización.

—Y la mía — dijo el prosista con afectada sencillez — posee veinte mil hectáreas, no pudiéndose contar las innumerables haciendas, que pastan en los esmeraldinos valles...

Al servirse el «champagne», el entusiasmo aumentó hasta lo indecible y los «mozos», celebraban, igualmente encantados, aquella victoria de la inteligencia aplicada a las industrias nativas, seguros de alguna coparticipación, aunque mínima, en la fortuna galopante de los clientes felices.

Y la reunión de los tres argonautas, terminó con un brindis sintético, pero elocuente...

—Brindemos, señores — dijo Bourget — por nuestras amantísimas esposas y por el estado pastoril de las naciones...





ESCUELA HOLANDESA DEL SIGLO XVII

B O D E G Ó N

ÓLEO DE AUTOR DESCONOCIDO, PROPIEDAD
DEL SEÑOR ALEJO GONZÁLEZ GARAÑO.





La sonrisa

por
Horacio
Quiroga

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

Sin excepción, todas las mujeres saben sonreír. Muchas lo hacen muy bien. Otras lo hacen mal y sin gracia; pero lo hacen. Y esto pasa así, porque esta virtud del término medio — tal la sonrisa, — de la esperanza a medias, de la concesión a medias, del perdón a medias, es eminentemente femenina.

Los hombres, en cambio, ríen con toda la boca si hallan motivos para estar alegres, y dicen terribles groserías cuando están enojados. Tal es su pasta.

Y esto proviene de que siendo gente de ataque y no de defensa, se dejan ir a fondo. Prometen demasiado, y conceden también demasiado. Lo que hace que ambos sexos anden tropezando desde el caso Eva-Paraiso, y hasta su triste vejez. Porque entonces uno llora todo lo que rió al principio, y el otro ríe con el cigarro en la boca cuanto en el comienzo le fué preciso lloriquear.

El hombre — el varón, digamos — no sabe sonreír. La sonrisa es en él una cuestión intelectual, un signo externo de su cultura. Cuantos más frecuentes han sido sus escapatorias a través de los juicios y de los prejuicios, mayor finura adquiere su sonrisa.

Sonrisa fina: He aquí una cualidad de sonrisa exclusivamente masculina. La sonrisa de la mujer puede ser amable, graciosa, seductora, insinuante, cualquier cosa. Cualquiera que sea su carácter, ella es siempre una virtud del sexo mismo, que no tiene sino una finalidad y una manifestación: tornar más seductor el rostro que la ha bosquejado.

En el hombre, no. En él la sonrisa es una cosa de adentro, cuya finura creciente, hasta diluirse en una imperceptible luz de la pupila, va marcando la profundidad mental del sujeto.

¿Ha supuesto nadie una fina sonrisa en un querandi o en un campesino de la Galitzia?

Tampoco en la mujer, porque dichosamente para ella — y para nosotros — la hermosa criatura de 17 años que sonríe, no ha menester de otra cosa para valer en este bajo mundo, ella, lo que la Suprema Intelectualidad de cualquier cantidad de hombres.

Y si el hombre no sabe sonreír, es sencillamente porque su naturaleza no está hecha para ello. Cuando lo aprende, es porque su cerebro ha sonreído ya de una porción de cosas. De aquí que sonrisa e ironía sean flor y fruto del mismo árbol, y por idéntico motivo la sonrisa de un hombre de cabeza nevada que todo lo perdona porque todo lo comprende, tiene una finura que merece gran cariño y respeto.

Dios nos libre, sin embargo, de ser nosotros el motivo de su sonrisa.

Pero hay a todo lo apuntado una excepción, una sola, en la cual todo hombre — aun el campesino de la Galitzia — sabe sonreír. Este fenómeno se verifica cuando el hombre y la mujer, ambos jóvenes, están uno al lado del otro mirándose a una distancia que en el 99 de los casos no debe exceder de 20 centímetros; y el mundo exterior se ha retirado a distancias planetarias, y no queda del vasto mundo pululante sino dos seres que desde hace un minuto se están mirando mudos y sonriendo.

Pero esta clase de sonrisas nada tienen que ver con nuestro asunto.

Aquel hombrequito debía tener como ochenta años, pero a pesar de la barba hirsuta color de hojarasca otoñal, que le envolvía como una hiedra, mirándole en los ojos, azules y vivos como charquitos al sol, parecía tener diez. Le sorprendí cierta mañana dorada, recogiendo miel en el hueco de un olmo secular. Primero intenté evitarle, pero luego tranquilizado sin duda, con la espontaneidad de una ardilla, estuvo de un salto a mi lado. Nos hicimos amigos. El acostumbra regalarme con delicados panales de miel, que guardaban intacto el sabor virgen de las flores silvestres. Yo le hablaba de rústicas leyendas latinas y del dios Pan, que nos legó la flauta. El hombrequito era reservado pero afable. Además, un espíritu singularmente emotivo, sobre todo cuando escuchaba mis vagas narraciones mitológicas, por las que tenía manifiesta predilección. Estremeciase, entonces de pies a cabeza, como un arbusto cargado de rocío bajo un rayo de sol. Sus ojitos azules chispeaban alegremente, o se nublaban melancólicos, siguiendo las vicisitudes del relato. Era sensible y húmedo como una fuente.

Una tarde, contagiados tal vez por la excelencia del crepúsculo que se deshojaba como margarita de seda por el amor de las estrellas, olvidamos la hora y las primeras sombras nos envolvieron, acrecentando nuestra fiebre de misterio y de ideal. Habíamos hablado mucho, junto al olmo venerable que parecía regir silenciosamente la selva, ese olmo que guardaba en su tronco rugoso, como un corazón perfumado, la dulzura de un panal.

De pronto me sobrecogió la fugitiva idea de hallarme en presencia de un enigma. ¿Quién era mi interlocutor? Al observarle interrogante, tuve como una revelación.

Sentado en las raíces del viejo árbol, sonreía con malicia, mientras las últimas gotitas de luz se prendían como abejas en su barba desteñida. Era un espíritu del bosque, en otro marco no hubiera tenido más importancia que la de un enano réclame; pero ahí junto al tronco paternal, en la apoteosis crepuscular, tomaba el relieve de un dios silvestre; sí, era sin duda un genio de la selva, uno de esos buenos geniecillos joviales que asustan las muchachas en el claro de luna.

— ¿Quién eres, padrecito? — le pregunté, mientras una inefable curiosidad ancestral se asomaba a mis ojos intensamente abiertos.

— Ya lo has adivinado, — me contestó sonriendo: — soy para los hombres una apariencia, tan sólo una apariencia, como todas las cosas vivientes que les rodean — árboles, fuentes y animales; — pero tú eres distinto, por eso te conozco y te quiero. Contra tu voluntad te has alejado de la naturaleza, por obra de lo que ustedes llaman civilización. No obstante algo indefinible para ti, que no es otra cosa más que una rítmica concordancia de tu ser franco y sincero con el esplendor del mundo, quiere acercarte a ella, por eso eres mi amigo. Verdad es que no soy, y tú lo has presentido, el viejecito de lenguas barbas que tú acostumbrabas a ver todos los días. Viejo soy, en efecto, pero fundamentalmente joven. Mi tiempo tiene una medida distinta del vuestro, aunque es el mismo sin embargo; todos los tiempos son iguales. Me llamo Khobol, el último gnomo, y mi historia, por raro que te parezca, es una historia de amor, ni más ni menos. De ese amor que por ser de divina esencia es el arma única con que los hombres pueden vencer a los dioses. Era hace mucho tiempo, cuando en la selva virgen no se había oído aún el primer golpe del hacha sacrilega y todos los reinos eran uno en el jardín del universo. Los gnomos benevolentes y sabios regíamos por entonces la tierra materna, tan generosa y hospitalaria, que no había lugar desnudo ni desierto, todo era abundancia, confianza y regocijo. Los árboles hablaban, como en aquel suave

cuento infantil, que habrás oído sin duda siendo niño, y la armonía más perfecta reinaba entre las especies. Nada era oculto ni misterioso, porque no existía el remordimiento, origen de todo miedo. Nada era impuro, vil o perverso, porque en la claridad meridiana de aquellos días felices no había lugar suficientemente sombrío donde guarecer a la perversidad o a la impureza. Las fábulas antiguas que tú sueles referirme, perpetúan vagamente el recuerdo de aquella edad bucólica en la memoria de los hombres. La civilización ha desvirtuado entretanto la saludable leyenda, y los gnomos como las hadas han abandonado la tierra para vivir tan sólo en los candorosos cuentos infantiles. Pero volvamos a mi historia. Debes saber que cuando el hombre por mandato de Dios apareció desnudo sobre el jardín del mundo, todos los seres le fueron cariñosos. Dábale el árbol sin esfuerzo su sazonado fruto, la humilde hierba servía de aromática almohada y el pájaro cantaba su más tierna canción, en el crepúsculo, para endulzar su innata melancolía. Sin embargo el hombre se encontraba solo en el mundo, y era huraño, retraído, indiferente al afecto que le rodeaba. A veces, un resplandor de odio o de dominio brillaba en su pupila, y una inquietud incomprensible sacudía sus miembros. ¡Ah! yo los he visto aquellos primeros hombres, altos y ágiles, de ojos profundos como la noche, en la que tiritaban sus pobres almas intranquilas. Fui uno de sus primeros amigos, y como puedes verlo tú mismo, he sido por mi parte fiel a aquella amistad. Pero si bien en esos primeros tiempos de la humanidad el hombre no respondió como debía al cariño universal, que hubiera hecho de él el hijo predilecto de la naturaleza, por ser el último y el más débil, una discreta sabiduría le aconsejaba la concordia y el hombre no era odioso en su primitivo aislamiento. La guerra sobrevino mucho más tarde y no fué el hombre causa sino pretexto, por más que su vanidad se atribuya el secreto designio de dominación, con que las potencias ocultas le mistificaron. Lo cierto es que un día, muy contra su

Nos retiraremos al maravilloso reino subterráneo, que nos ha otorgado la misericordia del Señor, entre las dos inmutables latitudes del Amor y del Sueño. El reino del perpetuo Devenir. Así habló Khali, nuestro padre venerable, y aquella noche lejana, por el tronco rugoso de este mismo olmo secular en que descanso, el innumerable pueblo de los gnomos abandonó para siempre la tierra de los hombres...

Las últimas palabras del semi-dios prolongaron en una tristeza infinita.

— Pero tú, Khobol, — dije por romper el encanto, — ¿has vuelto entonces?

— No, yo me quedé; era muy joven, muy humano, me aconteció una historia de amor. Siempre ha sido el amor el pecado de los dioses. Escucha: Entre las hijas de los hombres que estas colinas boscosas frecuentaron, había una, como no la ha habido nunca jamás. «C'était une source qui marchait...», como cuenta un poeta de los tuyos. Era el encanto de la selva, y por ella pájaros y plantas violaban su secreto con espontánea candidez. Tal es el triunfo eterno de la juventud y de la gracia. Yo, Khobol, tuve la debilidad de que Apolo adolecía y la amé, como puede hacerlo un gnomo, en el ardor de su adolescencia, cuando la mañana floreciente del mundo. Por ella violenté las leyes de mi padre Khali y fui desterrado del reino del perpetuo Devenir. Aquel poema primitivo no puede traducirse con tus palabras humanas, amigo mío.

La noche salpicaba sus estrellas sobre el límpido cristal de la fuente vecina, y un resplandor de pagania transformaba en un Apolo adolescente al último gnomo, enamorado de la hija del hombre.

— ¿Y dónde está tu amiga, Khobol? — le pregunté; — quisiera conocerla, quisiera ser su hermano. Debe ser dulce como la miel de tus panales.

— Pobre hijo mío, — respondió Khobol; — mi amiga ha muerto, como dicen ustedes, va para cinco siglos, con los últimos días del Renacimiento y se llamaba Madonna Lissa.

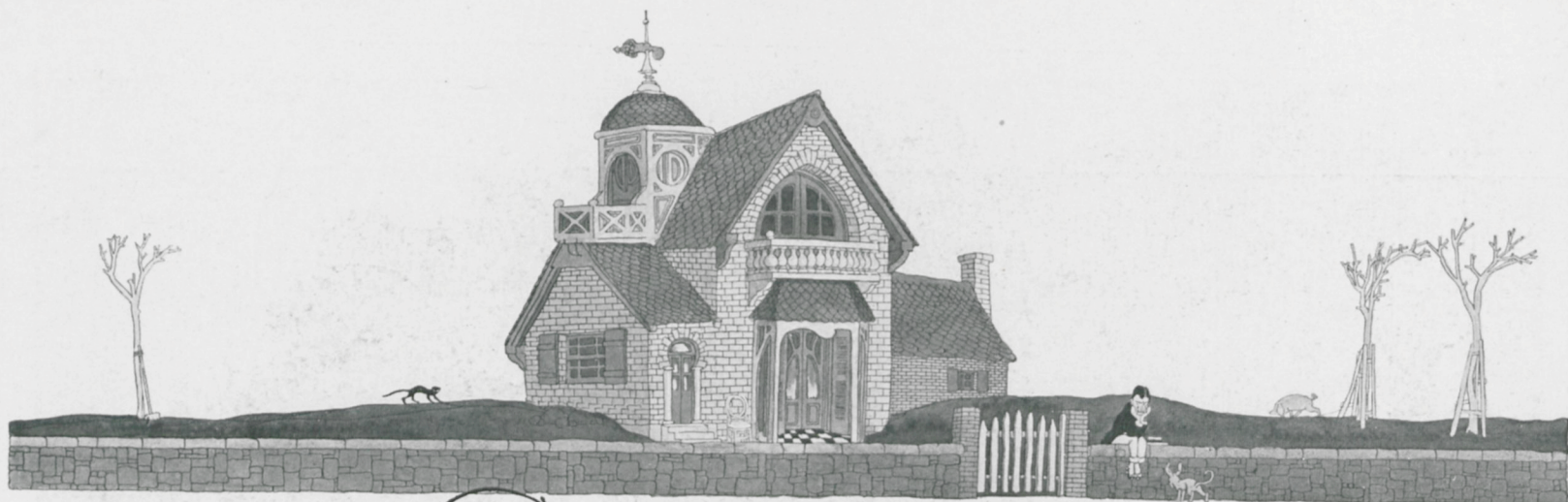
DIBUJO DE SIRIO.





EN PALERMO

GOUACHE DE CENTURIÓN.



Firma Ajenda *Joaquín Díaz García* *(Angel Pino.)* *Casa de campo arrendada.*

Una señora de Santiago tenía dividida a la humanidad en dos categorías: la de los propietarios de las casas que habitaban y la de los arrendatarios a los cuales aplicaba despreciativamente el calificativo de *arrendones*. Me cuento entre los últimos.

Principalmente soy un *arrendón* impenitente y sin expectativas de enmienda en materia de casa de veraneo. Se ha hecho una propaganda tan continuada y bien dirigida sobre la necesidad de abandonar su ciudad, sus comodidades y su domicilio ordinario, durante los meses de enero y febrero, que toda persona que se respeta, se apresura a hacer maletas y despachar a su familia a un sitio cualquiera apartado de poblado, con polvo, mala alimentación y asaltos nocturnos. Por una ironía de la suerte apenas se ausentan de la ciudad los veraneantes refresca en ella el clima y se hace más ardiente en los campos, se abarata la fruta en las capitales y escasea sobremanera en los amenos sitios donde uno va a buscar el paraíso terrenal de donde fueron expulsados nuestros primeros padres, sin que geógrafo alguno haya podido marcar el sitio de ese gran huerto en que había un solo árbol prohibido o reservado.

Yo no he podido averiguar el paradero, durante el verano, de los propietarios de casas de veraneo. Sólo sé que se ausentan con facilidad, poniendo un canon severo de arrendamiento al ciudadano que desea substituirlos por breve temporada. Si las casas de la ciudad dejan algo que desear en diversos capítulos, se comprenderá fácilmente todo lo que falta en estas mansiones de recreo estival. Nadie ignorará ciertas excursiones nocturnas en que el veraneante marcha con vela encendida en una mano y la otra a manera de pantalla para que el viento no extinga la oscilante llama, tropezando con los variados objetos que pavimentan el patio o el corral o el huerto, entrando en vergonzosas contemporizaciones con los perros guardianes, cayendo sobre el marrano gordo que dormita o estampando el exacto modelo de la planta sobre diversas materias plásticas y maleables que se ofrecen impensadamente en su camino.

Acabo de soportar la pesada viacrucis de un arriendo de verano. Bajo el nombre caprichoso de *chalets* se alzan en los alrededores de Santiago y otras ciudades del país muchas casas de apariencia engañosa y coqueta. Aquí una torretila, allá una veleta que hace el encanto de los niños, acá un balcón saliente, ninguna puerta es de líneas rectas ni asume la vulgar forma de un paralelogramo. El arquitecto travieso las ha hecho ojivales del lado sur, otomanas del lado poniente, circulares por el norte y tan estrechas por el oriente que ha sido apenas consultada la moda femenina del día, para dejar entrar a la dueña de casa sin ponerse en la posible vuelta de la crinolina. Distráidos arquitectos y propietarios en estos juegos inocentes de la arquitectura se olvidan completamente de diversos problemas que antes interesaban a los constructores. Por ejemplo, el sol y la lluvia penetran por todas partes; las pequeñas escaleras para subir a los pisos superiores han sido hechas para monos o papagallos; desde el piso bajo las visitas pueden seguir todo el curso de las diligencias que una persona ejecuta en los altos antes de acostarse. Si es una señora puede oírse hasta el ruido de cada broche del corset cuando lo va desprendiendo uno por uno con aire perezoso. No puede disimularse función alguna de cualquier carácter que sea.

Caí con uno de estos encantadores *chalets* que en veinticinco años más, cuando los árboles que los circundan hayan crecido, tendrán un relativo agrado; pero para entonces el coqueto palacete habrá caído bajo el golpe incesante de los elementos, pues sus tenues y delicados tabiques, comparados con las murallas de la Moneda, son como los pesos de hoy día con los de 51 peniques, de otras edades. Lo único sólido que había en mi negocio era el canon excesivamente alto, fijado por el propietario, en atención a que su casa estaba lujosamente amoblada según aseguraba con ingenuidad el agente comisionista que intervenía, con la sonrisa en los labios, en este trágico incidente de mi vida. Este canon era tan crecido como eran pequeños y casi invisibles los árboles del parque, como se llamaba el piso de tierra en el cual comenzaban a verdear algunas varillitas de siete centímetros de alto, a cuyo lado una estaca de dos metros ostentaba una etiqueta de madera con un nombre pomposo y hasta burlesco, como: por ejemplo *Wellingtonia gigantea*. Yo había llevado una media docena de hamacas y como no las hubiera colgado entre las barras de los catres, lo que habría parecido redundante, ninguna otra manera habría tenido de gozar en ellas el descanso que me prometía.

La casa tenía muebles, era verdad. ¿Conocen ustedes cierta clase de mobiliario que, cuando va saliendo de la fábrica, parece ya viejo, que antes de usarlo produce la impresión de haber sido usado siempre, desde

el principio del mundo, por muchas capas y sucesiones de familias, muebles incoloros; pero no inodoros y en todo caso insípidos? Esos eran los que me esperaban. Las sillas no permitían en sus faldas estrechas otras posaderas que las de los menores de quince años; los sillones tenían resortes tan duros y porfiados bajo el crin de los tapices que expulsaban al visitante apenas se soltara éste de los brazos donde había que buscar apoyo. Los cajones no cerraban; no por defecto de uso sino porque el carpintero los había hecho expresamente más grandes que los huecos en que estaban a medias embutidos. El mueble donde se colocaban los sombreros, apenas había recibido dos y sus correspondientes bastones, se inclinaba y caía de golpe al suelo. Todo era allí inhospitalario. Pero lo cruel, lo que significaba un ensañamiento con el huésped y sus alojados, eran los catres, que esperaban solamente la hora suprema de meterse en la cama para plegarse sobre el cuerpo y aprisionarlo bruscamente. El alumbrado de acetileno tenía olor a ajos; las ventanas no juntaban y tampoco era posible abrirlas, permanecían como los ministerios de administración, *entornadas*.

Pero lo que comenzó a exasperarme hasta el delirio, fué la inspección a los retratos de familia que el propietario había querido dejar a mi contemplación, creyendo que o no tenía yo familia alguna y me iba a sorprender de la suya, o suponiendo osadamente que a pesar del canon podía yo mirar con simpatía a los abuelos, padres, tíos, hermanos y cuñadas de mi victimario. Al principio tomé con resignación el espectáculo de la familia ajena, impuesta a mis afectos. Observé el grupo del matrimonio de los dueños de la casa y de sus hijos de ambos sexos. El era flaco y narigón, ella era regordeta y casi sin nariz perceptible. La fila de jóvenes habían salido todos delgados y de largas y afiladas narices y en ella se intercaban graciosamente las niñas bajas, redondas y sin apéndice nasal. Uno sí y otro no en materia de narices; uno sí y otro no en materia de carnes. Era delicioso y cómico a la vez. En seguida me fui a estudiar de dónde venía la gran nariz del padre y la falta de la misma en la madre. Fuíme a los abuelos de ambos y noté que la característica era anterior a ellos, pues los abuelos del caballero ya la ostentaban grandiosa y los de la señora, miserable y casi anulada. Todo esto era ameno, les aseguro a ustedes, pero toda amenidad desaparecía cuando se llegaba frente al retrato de medio cuerpo de un tío vestido de militar y cargado de medallas de tiro al blanco y posiblemente de alguna acción de guerra. Nunca he visto un tío más repulsivo. Era un animal, es decir,

debía ser un animal. Frente baja, de la cual salía el pelo un centímetro más arriba de las cejas. Nariz aplastada — porque debía ser tío de la señora — en la misma forma que se la aplastan pasajeramente los chicos cuando la oprimen contra un cristal de la ventana, pálida y algo vellosa en la vasta plataforma que ofrecía horizontal a la mirada del espectador. Desde el primer instante sentí por él profundo desprecio. Me lo figuraba atrabiliario. Llegué a asegurarme a mis visitantes que lo conocía de vista y era borracho, aun seguí en la calumnia hasta asegurar que había estafado a un canónigo, cuando con conservadores hablaba, o a doña Belén de Sárraga cuando era radical el interlocutor. Yo quería comunicarle a todos mi odio y formar una cruzada de resistencia contra este hombre que no sabía si estaba muerto o vivo. No podía hacer nada en el escritorio sin que su mirada imbécil me persiguiera y sin que su plataforma nasal, pálida y cabelluda, se grabara en mis retinas.

Una tarde llegó a verme un señor con el cual deseaba estar en buenas relaciones. Era regularmente antipático; pero yo lo cultivaba con esmero. Con tanto esmero como mi propietario cultivaba sus enanos del futuro parque, en la esperanza de que llegaran a ser gigantes y me sirvieran de sombra para alguna siesta al calor del presupuesto fiscal. Yo me encuentro dotado de un regular espíritu de contradicción, única cualidad femenina que me reconozco, y así entre radicales paso siempre por clerical y entre conservadores aparezco como un demagogo. Pero, delante de un farsante, todas mis contradicciones se desvanecen y le llevo la corriente. En una palabra, cuando un individuo me miente grandezas, yo me atribuyo otras tantas y hasta encarezco la puja. Cuando mi visitante hubo traspasado el umbral de mi *chalet*, dió una mirada circular y exclamó con tono de buen conocedor: «No está del todo mal la casita». Y luego, poniéndome la mano en el hombro, me dijo: «Cuando tengas un momento libre, te invitaré a ver mi casa de Viña; verás todo lo que puede discurrir la ciencia moderna del confort y del buen gusto». Debí, pues, asegurarle en el acto, que no sólo era de mi propiedad ese *chalet* sino los dos que asomaban al frente sus torretilas sobre los eucaliptus y además una casa en Zapallar. Una vez en la mentira, me calumnié con un fundo en la frontera y ciertos derechos de una boratera.

Aceptada la propiedad de la casa, debí reconocer que todos esos malditos retratos eran de personas de mi familia y como el amigo era curioso, le conté una historia sobre cada cual. Recibí sin enojarme, felicitaciones por una tía gordita y de aspecto soberanamente cursi. Después de lo cual pasamos al comedor, y como es de regla en casa de arrendatarios, yo le di mal de comer y él se desahogó en elogios a la cocinera.

¿Debo decir que durante toda la comida pensaba con terror en el momento del café y de los cigarros que deberíamos pasarlo de la mejor manera posible en mi escritorio bajo la estúpida mirada de mi tío? Nada me avergonzaba más que estar obligado a declararme pariente de ese abominable individuo sobre cuya conducta desarreglada tenía ya arraigadas aunque injustas convicciones. Pero llegó la hora fatal. Fui tan pobre de recursos que no se me ocurrió fingir una historia cualquiera que me librara de un oprobioso parentesco, como, por ejemplo, un salvamento a ver mi casa de Viña; en el balneario del Recreo. Mi amigo entró al escritorio y antes de sentarse fué recorriendo una por una las fotografías apoyadas sobre los estantes. Se detuvo ante el retrato de medio cuerpo y se quedó meditando. Yo sentía ira y vergüenza. Me retorció de despecho ante la idea de aceptar como miembro de mi familia a ese individuo cargado de medallas de tiro al blanco. Pensaba declararlo tío, pero extraviado. Con esta palabra vaga dejaría ancho campo a las conjeturas, dando libertad al curioso de suponer que el extraviado era de nacimiento o de conducta. Pero no hubo tiempo para mayores preparativos mentales. ¿Quién es este señor — preguntó con visible interés. — «Un tío paterno». — había alcanzado a decir; cuando mi amigo avanzó rápidamente hacia mí, y abriendo los brazos me gritó con efusión: «¡Somos parientes! ¡También es tío mío! Don Gregorio Campuzano, el más insigne ganador de todos los concursos de tiro al blanco, es nuestro tío común». — «¡Sí, común!» — respondía yo a medias palabras.

Toda esa noche mi amigo pasó mirando al retrato y mirándose a mí y asegurando que los tres nos parecíamos muchísimo.

De resultados de esta trágica escena caí con una fiebre maligna y tuve que guardar cama algún tiempo. Hasta hoy mi amigo me grita en todas partes: «¡Adiós, pariente!»

Santiago de Chile.







DE LA COLECCIÓN DE DON JOSÉ M. MÉNDEZ.

EN LA HOSTERÍA
ÓLEO DE MORILLO.



P A G I N A S F E M E N I N A S



Ha terminado el año, sin que languideciera, ni siquiera por algunos días, la brillante actividad de nuestros círculos mundanos; imposible me sería el concretar, en tan breve espacio, el balance completo de los acontecimientos sociales anotados en el último mes del año. Bailes suntuosísimos, bodas principescas, en cuya oportunidad se han abierto los salones de aristocráticas residencias... Si logro reconcentrar un momento mis recuerdos, para tratar de hacerlas disfrutar a ustedes conmigo de tan gratas impresiones, me parece oír vibrar todavía los acordes de armoniosa orquesta... Aturdida aún, al hallarme en pleno sarao, se me ocurre que toda aquella preciosa legión de flores vivas, que va, viene, se desliza, ceñido el talle por el fuerte brazo que la impulsa o la sostiene, con ansias de dominio, me habrá visto cruzar en medio de tan radiante cuadro, como un extraño ejemplar de murciélago mundano, lleno de curiosidad...

Retirada casi por completo de los grandes acontecimientos de la vida mundana, sólo llegan hasta mí sus vibraciones, merced al comentario de los que actúan en ella con entusiasmo juvenil, por los deberes que les impone el rango, por... ¿lo sabemos acaso? ¡Son tantos, y tan complejos, los resortes del poderoso engranaje! Pero esta vez se trataba de un acontecimiento que me interesaba especialmente, y heme aquí, en la suntuosa fiesta ofrecida por doña Elena de Irigoyen de Velar, para presentar a la aristocracia porteña a su hija María Elena, La Nena, como llaman todos a la criatura gentil, mimada en aquel hogar patricio, como el último retoño del viejo tronco, y también porque recuerdan que fué «ella» la predilecta, y el último resplandor que iluminara la existencia de su ilustre abuelo... La encantadora promesa de entonces se ha cumplido; digna heredera de los prestigios de su raza, la señorita de Velar Irigoyen, se inicia en la vida mundana, revelando una personalidad propia, a pesar de vivir esa breve etapa de nuestra primera juventud, en la que todo son ensueños, anhelos, alegrías... La sólida instrucción recibida junto con sus hermanas mayores, durante los largos años de residencia en el extranjero, — Londres, París, Berlín, Florencia... — el ambiente señorial de un hogar «a la antigua» en el que pueden evocarse las más nobles tradiciones, han sabido armonizar en la encantadora joven, todo el saber de la mujer moderna, con la gracia innata de la criolla de abolengo, de esa Nena, que por rara coincidencia, fuera bautizada en la vieja pila de la Iglesia de San Nicolás de Bari, pila en la que recibiera también el agua del bautismo el célebre estadista don Bernardo de Irigoyen... Hoy, preside la fiesta ofrecida en honor de su nieta, en el salón de estilo Luis XIV, su magnífico retrato, firmado por Max; y surgen, inevitables para mí, los recuerdos de otros tiempos... aquellas suntuosas fiestas en los salones de la mansión de la calle Florida, donde admirara yo, por vez primera, la expresión de esa Madonna de la es-

cuela del Guercino; ante ella, cruzaron también, en la patriarcal residencia, esas flores vivas, que van, vienen, se deslizan, siguiendo los armoniosos acordes de la orquesta.

Irradiaba entonces la belleza y la gracia de Carmencita y de Elena de Irigoyen; hoy son otras, esas flores vivas, y visten sus siluetas el blanco atavío tradicional para las que inician su actuación mundana, o el severo traje negro de la joven señora, animado por los trazos de oro de su *traine* de encajes, y por el oro pálido de un gran abanico.

La visión de hoy, es feérica, realmente; he vuelto al salón de honor, acompañada por uno de mis viejos amigos, mundano *enragé* que no consiente en verme semiocta en el artístico «coin» del hall, y nos unimos al brillante círculo que ocupa su estrado. Los muebles del estrado, que reproducen los legendarios cuentos de Perrault, son de auténtico Aubusson, y procedentes del castillo de Metternich... Capercucita Roja, la humilde campesina; Cenicienta, la reina de aquel baile de ensueño... ¿contemplaron alguna vez los ojos de la atónita figurilla, un espectáculo más deslumbrador que el de esta noche? «Las hadas viven siempre. ¿Quién pudiera dudarlas? — dice. — Si lograra hacerme oír, tal vez me concediera el vivir por unas horas, tan intensamente como entonces, alguna de esas hadas, que llegan hasta mí, deslumbradoras de belleza y pedería...»

La ingenua criatura, prisionera entre los hilos del maravilloso tapiz, creía vivir aun su ensueño... Cruzaban cerca de ella, arrogantes o graciosas, llenas de sugestivo encanto, las más destacadas figuras de nuestros círculos mundanos; vestidas de vivos colores, flexibles sedas color solferino, o de raso y encajes de oro, ostentando gemas prodigiosas, cadenas de pedería, arrastrando la *traine* de lana color turquesa... ¿cómo extrañar, pues, que la ingenua Cenicienta afirmara que las hadas viven todavía?... Pocas veces suele congregarse en determinadas fiestas un núcleo tan brillante como el que rodeaba a la distinguida matrona que hacía los honores de su mansión, con esa afabilidad exquisita, que tanto distinguía a su digna madre, doña Carmen Olazcoaga de Irigoyen... Consecuente con las tradiciones de su abolengo, la señora de Velar mantiene la consigna de unión y de solidaridad entre los representantes de la acrisolada sociedad porteña... *Il faut serrer les rangs*... Pocas, entre nuestras grandes damas, podrán ostentar con tan justo orgullo las decoraciones, distinciones y medallas que pertenecieron a su ilustre padre; tales joyas constituirían inapreciable tesoro, para alguno de nuestros reputados coleccionistas, como también la suntuosa vajilla de oro, el servicio completo de porcelana de la China, ejemplar único en nuestro país, los candelabros de oro antiguo, los mil objetos, testigos mudos de la vida noble y fastuosa de varias generaciones, pero que parecen hablarnos de las grandezas pasadas, y parecen también respondernos del porvenir...

Pero volvamos una mirada al amplio jardín, antes de abandonar una de las fiestas más *réussies* de la temporada; florecidos sus macizos, como en plena, sonriente primavera, iluminados sus senderos, con arte exquisito, nadie hubiera creído que había sonado, largo rato ha, la misteriosa medianoche; y las parejas que vivían su ensueño en tan maravilloso paisaje, creían que empezara recién un romántico atardecer...

Teatro también, de feérica fiesta, fueron más tarde, los maravillosos jardines de la residencia de los señores de Alvear, en San Fernando; clareaba el día, cuando regresaba, camino de la ciudad, aun dormida, la interminable caravana de autos, llevando su carga de alegría, de ilusiones... vibrante aun la preciosa legión de flores vivas, más de una encantadora figurita arrebatada de la fiesta, por la loca velocidad del auto que se aleja, entorna sus ojos, y cree hallarse todavía en medio de la brillante farándula, y sueña que va, viene, se desliza, creyendo que oprime aún su talle, el fuerte brazo que la impulsa o la sostiene.

Casi simultáneamente, hemos asistido luego a dos interesantísimas ceremonias nupciales; una, celebrada con toda la solemnidad del rito católico. Misa de esponsales, en el Templo radiante de luces... la otra, en el cuadro suntuosísimo y severo, de una de las residencias más artísticamente alhajadas de nuestro *faubourg* aristocrático. Fueron ambas desposadas, dos figuras sobresalientes en nuestros más altos círculos: Adela Gramajo, — Nenina, como la llaman los suyos, y todos los que han aprendido a quererla — y Lucía De Bruyn, descendiente, por la línea materna, del fundador de la primitiva aldea, transformada hoy en prodigiosa Cosmópolis...

He de mencionar, en primer lugar, la nota de exquisita elegancia, dada por tan gráciles figuras, al imponer nuevamente el atavío que fuera tradicional para toda desposada, antes que el capricho de la moda acortara exageradamente la falda del albo traje, desfigurando una silueta ideal, con rasgos absolutamente impropios, a la solemnidad del acto... Armoniosa, serenamente, cruzaron las gentiles desposadas, arrastrando las albas vestiduras, los encajes maravillosos, que guarnecían el velo que nimbaba sus interesantes rasgos; rara vez pudo revelarse tan honda emoción, en un séquito de honor, como en el que acompañara al Templo, a la señorita de Gramajo, en cuya clara, serena mirada, irradiaba todo el fulgor de su espíritu exquisito, de sus dotes de excepción... Encerró su canastilla de bodas toda la magnificencia de feéricas leyendas: diadema, digna de ceñir la frente de alguna soberana, y al lado de la clásica sarta de perlas, la fulgurante *rivière* de solitarios; toda una fortuna, en un trazo de pluma, que lleva la firma de una de nuestras matronas, dueña de fabuloso caudal; títulos de propiedades... lo dicho: una canastilla de bodas, que encerraba dones dignos de feérica leyenda...

Acompañemos ahora a la gentil figura que

acaba de recibir la sagrada sanción ante el severo altar erigido en el salón de honor de la residencia de su familia; la mansión de los señores De Bruyn, en la Avenida Alvear, es relativamente moderna, y sin embargo, el espíritu más curioso, entre todas ustedes, amigas y lectoras mías, con las que deseo revivir tan gratas horas, ha de hallar en la suntuosa residencia, ese sello especialísimo, que sólo imprime en el cuadro familiar la sucesión de varias generaciones... sello singular, sobre todo en un país nuevo como el nuestro; ha sido menester el exquisito sentimiento artístico de una gran dama porteña, como la señora Mercedes M. de Bruyn, para realizar el milagro...

Luciendo regio traje negro, *signé* Worth, recibía a sus invitados, en el severo hall, cuyo decorado armoniza, junto a su roja tapicería, la sombría ensambladura primorosamente tallada; flores, flores en profusión, poetizaban el suntuoso cuadro, y esta vez también dominaba en cada salón la nota uniforme de un solo color, según los dictados del artífice de moda; rojos claveles, rojas rosas de Francia, en el vasto hall; rosas blancas y azucenas, en el salón de honor; el azul de las hortensias, en las salas laterales...

La exposición de los valiosos obsequios recibidos, ocupaba varias salitas del piso alto, y entre aquella profusión de joyas, platería, lámparas, potiches y relicarios antiguos, imperaba una verdadera colección de costosos abanicos, representando todas las épocas, desde el clásico y suave ondular de plumas blancas, en transparente montura de carey, los de marfil primorosamente calados, los chinoscos, los de pintado pergamino, los isabelinos, los de fulgurante recamado de plata, hasta los que ilustraran magos como Boucher y Watteau...

Desde los amplios y altos balcones, veo como se ilumina el jardín, al aparecer en la terraza la gentil figura de la joven desposada... y esa luz, que irradia como por encanto de los floridos macizos, se me antoja el símbolo de la que ha de iluminar el nuevo camino que se inicia.

Y no es ese el único ensueño de la serena tarde de diciembre; se yergue en la elegante escalinata, que conduce al jardín, flexible y fina silueta, vestida de pálido color lila, el color adecuado para un luto que termina; la pálida silueta escucha hondamente emocionada las protestas del simpatísimo representante de dos viejos y prestigiosos apellidos criollos; ella le escucha, hondamente interesada, y su mano martiriza distraídamente los pétalos del ramo de crisantemos color lila, prendidos en su talle; dos gemas transparentes, del mismo color, única joya que completa su atavío, acarician su esbelto cuello, cuando ella inclina lentamente su rostro pálido, de finos y aristocráticos rasgos; su nombre simboliza infinita y divina merced, y lleva también dos apellidos que significan tradición, rango, fortuna...

LA DAMA DUENDE.



SEÑORA ADELA GRAMAJO DE PATRÓN COSTA.



SEÑOR PATRÓN COSTA.



SEÑORA LUCÍA DE BRUYN DE PALACIOS COSTA.



SEÑOR NICANOR PALACIOS COSTA.

ALTRUISMO

Repercute hoy hondamente en los corazones de las mujeres de todos los ámbitos del mundo, el altruismo y la caridad, y haciendo causa común, unen sus brazos y su voluntad en un esfuerzo supremo y sobre las ruinas del mundo, regadas por la sangre y las lágrimas de tanta desgracia, derraman la luz de la esperanza, de la *superesperanza*, como dice el Rey Profeta en uno de sus salmos, que es esperar más allá de la esperanza; y alivian dolores, enjugan lágrimas, curan heridas de los cuerpos y las almas; cumpliendo la sagrada doctrina de *Aquel* que nos enseñó a querer a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La mujer argentina, siguiendo los impulsos de sus sentimientos generosos, y cuya acción caritativa tantos beneficios derrama aquí entre los abandonados de la suerte, ha cumplido su obra, haciendo llegar hasta aquellos desdichados de allende los mares el óbolo para que el huérfano cubra sus carnicitas y el inválido pueda recuperar, aunque artificialmente, el brazo que le arebató la metralla, y que ha de servirle para seguir en la vida, valiéndose de sus fuerzas como hombre útil.

Son muchas las instituciones creadas con estos fines caritativos; pero se destaca entre ellas la Unión de Damas Argentinas, cuya comisión directiva está formada por selecto grupo de señoras que cuentan con una honrosa foja de servicios en la campaña contra la miseria y el dolor.

En casa de doña Julia Elena Acevedo de Martínez de Hoz, respondiendo al llamado que esta distinguida dama les hiciera, el día 24 de noviembre próximo pasado se reunieron las señoras: Susana Rodríguez de Quintana, Lucrecia Guerriero de Ramos Mejía, Elvira de la Riestra de Láinez, Angélica García de García Mansilla, María Julia Martínez de Hoz de Salamanca, Adelia Harilaos de Olmos, María Luisa Quintana de Rodríguez Larreta, Otilia Aleorta de Rodríguez, Zelmira Paz de Gainza, Carmen Madero de Agrelo, María Elena Peralta Alvear de Láinez, Victoria Ocampo de Estrada, Mercedes Lezica de Christophersen, María Teresa Quintana de Pearson, Condesa de Sena, María Magdalena Bengolea de Sánchez Elia, María L. de Souberán, Cecilia B. de Lignieres, Mercedes Christophersen de Cádiz, Leonor Basavilbaso de Piñero, Susana Casares de Llovet, Marta Casares de Bioy, señorita Adelia Acevedo y la que suscribe. La señora de Martínez de Hoz explicó a las señoras el móvil de la reunión, diciéndoles con su estilo franco y sencilló:

Que estaba segura que la pena que ella sentía era sentimiento unánime de todas las presentes, causado por las noticias de devas-

SIRIO



tación y miseria que el telégrafo nos había hecho conocer a diario durante cuatro largos años de una guerra cruel e injusta, que la habían conmovido en extremo y que ahora, en estos días de gloria y de victoria, que llegan siempre para las causas justas, y no demasiado tarde, creía llegado el momento de dar un desahogo a su corazón tratando de remediar en algo la desgracia y la miseria de esos infelices que han sido despojados de hogar, de padres, de hermanos, de hijos, de honor...

Pidió a todas las señoras que la ayudarían en esta obra, que sería el portavoz de la mujer argentina ante la desgracia humana o sea el símbolo del amor, de la justicia y

de la paz, y propuso hacer firmar un álbum como demostración de simpatía por la conclusión de esta guerra.

Pero el álbum solo no era suficiente, había también que recolectar fondos para ayudar a vestir a los despojados, para rehacer las viviendas incendiadas y destruidas, para endulzar la existencia de los ciegos e inválidos, para dar de comer a los hambrientos.

Como para poder mitigar todas estas penas sería imprescindible una suma crecida, se propuso que cada persona que firmara en el álbum contribuyera con \$ 2, como mínimo, y de este modo se haría la caridad colectiva sin gravamen y hasta la persona de posición más humilde, en esta forma podría

FEMENINO

darse el placer de hacer llegar a los necesitados su pequeña contribución con el grito de su corazón «Le jour de gloire est arrivé!»

La comisión quedó formada por las señoras cuyos nombres van a continuación, habiendo dado principio a los trabajos que piensan tener terminados para el mes de marzo, fecha en que enviarán los fondos que hayan recolectado al general Malletierre.

Presidenta: Julia Helena A. de Martínez de Hoz; vicepresidente: Elvira de la R. de Láinez; secretaria: Angélica G. de García Mansilla; tesorera: Susana R. de Quintana; vocales: Teodolinda de Lezica de Alvear, Carmen Maró de Pont de Rodríguez Larreta, Sara U. de Madero, Lucrecia G. de Ramos Mejía, Angelina A. de Mitre, Julia E. M. de H. de Salamanca, Emilia B. de Cané, Felisa O. B. de Alvear, Sara C. de Drago Mitre, Adelia H. de Olmos, Zelmira P. de Gainza, Carmen M. de Agrelo, María E. Q. de Uriburu, Elena Z. de Cullen, Esther L. de Roca, Elena S. de Elizalde, Lía S. de Gálvez, María E. T. A. de Láinez, Victoria O. de Estrada, Mercedes B. de Casares, Celia M. de Varela, Elena H. de Casares, Silvia E. C. de Miguénz, Mercedes P. de Rodríguez, Estela M. de Cárcano, Mercedes L. de Christophersen, Fanny C. de Woodgate, Dolores G. de Güiraldes, Condesa de Sena, María M. B. de Sánchez Elia, Otilia A. de Rodríguez, María P. de Souberán, Mercedes U. de Artyeta, Elisa C. de González Moreno, Adelina del C. de Güiraldes, María Rosa L. A. de Pirovano, Leonor B. de Piñero, Susana C. de Llovet, Emma del C. de Viale, Josefina G. de Sánchez Elia, Mercedes C. de Cádiz, Isabel C. de Nevares, María Luisa Q. de Rodríguez Larreta, Enriqueta S. de Anchorena, Cecilia B. de Lignieres, María Teresa Q. de Pearson, Josefa A. de Errázuriz, Elisa A. de Bosch, Marta C. de Bioy, María Ema G. de Vedoya, María Carlota P. A. de Gowland, Ernestina G. M. de Mantilla, Celina P. de Piñero Sorondo, Sara P. de Abreg Cobo, María Teresa P. de Alzaga, María M. de Torquinst, María G. de Lanús, María Teresa M. de Lavalle, Irene Martínez de Hoz de Campos. Señoritas: Adelia Acevedo, María Baudrix, María Elena Casares, Lola Güiraldes, Jovita García Mansilla, María Esther Sansinena.

La caridad, la forma más bella del sentir humano, ejercida por las damas argentinas, ha de llegar pronto, como llegarán también los pensamientos que les dedican, hechos luz, a iluminar a aquellos corazones amargados por la desgracia, y empezará a resurgir en ellos la fe y la esperanza en el porvenir.

FANNY COVERTON DE WOODGATE.

¿En qué forma la mujer pudiente puede mejorar la situación en que se halla la obrera en nuestro país?

Dar para conseguir. Así como la tierra es abonada para que mejore sus frutos, así es necesario dar primero, para obtener buenos resultados.

Creo que la mejor manera como la mujer pudiente puede contribuir a mejorar la situación de la obrera, es donando casas en los distintos barrios de la ciudad, donde las obreras puedan concurrir siempre que deseen y encuentren allí un ambiente de protección y cariño. Allí se les enseñará en forma amena, y adecuada a las oyentes, todo aquello que puede serles necesario para la vida, inculcándoles, ante todo, los privilegios, la satisfacción y la nobleza del trabajo.

EUGENIA DOMEQ GARCÍA.

Acercándose a la obrera en sus talleres o fábricas; dándoles conferencias comentadas, en las que ellas puedan exponer sus ideas y enunciar sus necesidades. Inculcarles mejoras en el sentido práctico de la vida, con temas de: higiene personal y doméstica; primeros auxilios (rudimentarios); economía doméstica, previsión y ahorro; aconsejándoles la ayuda mutua, la cooperación para sí y los suyos. Todo esto en forma amistosa y sencilla, despertando en ellas simpatías y no odios. Coronando los temas, siempre, con moral cristiana, que es fuente de honestidad y unión.

Esta la idea, la forma: comités seccionales de distinguidas damas pudientes que deben gastar en aprender para enseñar y en ayudar

las asociaciones de carácter mutualista y no hiriendo al dar lo que les sobra, sin orden ni discreción.

SARAH SENILLOSA DE CARRANZA.

Me complace en contestar a esta pregunta que se me hace.

En muchas formas la caridad argentina ayuda a la indigencia y protege a la obrera; pero esa aspiración de mejorarla, no es completa. A menudo casos desesperados acuden a la puerta de esas sociedades y tropiezan con dificultades inaccesibles: la tarjeta de recomendación (con preferencia de la conocida); la falta de vacantes. Considero, y Dios mío... no quisiera lastimar la beneficencia con mi opinión, que la verdadera caridad se impone por sí sola al golpear una puerta; que no debiera necesitar recomendaciones y que las sociedades están aún muy divididas entre sí.

Creo (y esta es mera suposición mía) que si las sociedades: «Conservación de la Fe», «Cantinas Maternales», «Gota de Leche», «Semana del Nene», «Asociación Escolar Mutua-



ENCUESTA

horas de trabajo, sin preocupaciones ni disturbios.

«La Caja Dotal», la «Escolar Mutualista», «Conservación de la Fe», tal vez las «Filomenas» y «Divino Rostro», pudieran seguir la criatura hasta la obrerita, dándole la base de educa-

ción e instrucción que necesita. La muchachita no debiera abandonar la escuela sin una preparación moral, sólida y adecuada a sus necesidades y medio ambiente. Plantearle la vida bien de frente, con sus peligros y sus consecuencias. Las cosas como son... no como quisiéramos que fueran.

Educar es mejorar. Y es educarla, fortalecer en ella el respeto a sí misma; crearle una conciencia que no tiene; fomentarle el respeto a su culto, cualquiera que fuera; a sus padres, cualesquiera que sean.

La madre ha de iniciar el corazón del niño; la escuela ha de formarle la inteligencia; las universidades han de marcar su criterio y sus capacidades... y esperemos que en nuestra patria, libre y hospitalaria para todos, se vulgaricen con los conceptos de la justicia los cerebros pensantes, conscientes y serenos, que puedan afrontar las situaciones difíciles, sin injurias, balazos o atropellos. La patria necesita hombres hechos al ambiente de nuestro suelo cosmopolita; la mujer necesita conciencia de ella misma y de sus responsabilidades; el niño protección.

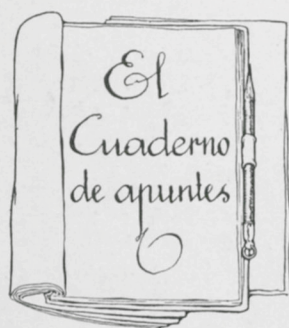
Mejorar, educar a la obrera soltera es formar a la futura madre; formar a la madre es crear el hogar y el hogar en la buena acepción de la palabra hace al hombre de bien.

¿Podría la mujer pudiente, desparramada en tantas obras distintas, solidarizarse con ese fin?

¿Habría suficiente capacidad y ponderación en nuestras damas para ello? ¿Serían o no serían hostiles a lo que no fuera su propio pensar, su propia preponderancia? La educación, la cultura, supongo, lo pueden todo.

¡Lanzo la idea; si alguien la considera oportuna, que la recoja!

MAHUINCA.



En el fondo de un cajón he hallado, cubierto por una leve capa de polvo, mi olvidado cuadernito de apuntes. Su aparición ha puesto en mi espíritu una vaga tristeza. Ha sido algo así como el encuentro imprevisto con un viejo amigo a quien creímos no volver a hallar nunca y en quien depositamos la sinceridad de las confidencias diarias. No en vano hemos escrito en ese cuaderno nombres que tuvieron un hondo significado, señas que consideramos necesarias, impresiones que no quisimos dejar morir en el abismo de la renovación inconsciente donde van a perderse, como las cosas en la lejanía del paisaje, tantos nombres, tantos acontecimientos, tantas sombras aladas.

El cuaderno ha surgido de un montón de papeles... He leído, después, algunas hojas... Y he pensado que el olvido es una ley inexorable. Muchos de los nombres allí escritos, ya no me dicen nada. Cuales, corresponden a muertos; cuales a vivos; cuales—he ahí lo peor— a seres a quienes hemos arrojado de nuestro afecto. Nada, en resolución, tan inactual, tan lejano, tan extraño a mí mismo, como el espíritu de ese breve cuaderno en que he ido poniendo el nombre propio, la fecha precisa, la impresión volandera...

Algunos nombres—he ahí donde finca el desencanto más grande— han aparecido a mis ojos con un significado completamente distinto al que tenían allá cuando fueron escritos. Tal nombre, puesto allí para no olvidar nunca la figura moral de un amigo, evócame ahora una traición desolante. Tal nombre, el de una mujer que pudo inquietarme con su gracia y su porte, no habla ya nada a mi espíritu desencantado. La misma suerte ha corrido el nombre de aquella figura que yo evoco ahora al ver unos cabalísticos signos encubridores de algo. Todo, todo, en este cuaderno, es el signo de una simpatía apagada, de un interés muerto, de un encanto marchito.

El cuaderno, abierto sobre mi mesa, ha llevado a mi espíritu la convicción de que todo está en nosotros y de que nuestra verdadera historia no tiene más capítulos que los que se grabaron en la memoria. Bien podemos decir que fué en vano lo que no está en nosotros. Lo que pasó sin modificar nuestra naturaleza, que fué sino raya en el agua. Lo no recordado fué, sin duda, lo indigno de ser vivido. Lo que no se salva en nosotros,

depurándose por obra del tiempo, no se salvará en las hojas de un triste cuaderno donde se disipan, poco a poco, hasta los signos escritos.

Y ha sido que, repasando las hojas del pequeño cuaderno, he llegado a decirme: ¿De qué modo han influido en mí estos hombres, estos acontecimientos? De esta persona, apenas si conservo un vago recuerdo. De este acontecimiento, bien puedo decir que mi vida no ha cobrado el más tenue soplo. ¿Qué es todo esto sino una sospecha de posibilidad, una sombra de sombra, una ilusión de verdad?...

Después, hojeando, hojeando, he llegado al nombre de una mujer seductora. ¡Con qué indiferencia he leído ese nombre! Y eso que hubo un tiempo en que se arrodillaba mi alma cuando osaban acariciarlos mis labios. Por ella... Nada más cierto que por ella, mi egoísmo de hoy no abandonaría el ancho sillón en que divago ahora alrededor de su nombre.

Luego... Ello ha sido que me he sonreído después ante el testimonio de un momento de ira.

Un nombre propio ha aparecido, en la nitidez de una hoja, borrado, herido podría decirse, por un rasgo enérgico. Aquel nombre es el nombre de un amigo que me hizo traición. ¿Cómo no expulsarlo de aquel breve santuario con la punta de la pluma, que es la más fuerte espada? Así, de ese modo, fué expulsado el que se deshonró en la perfidia. Y, sin embargo, yo he sancionado todo aquello sonriendo indulgentemente.

Al cabo de la tarde, yo he puesto en orden los dispersos papeles; he anudado, con la jovialidad de una cinta, una veintena de cartas; he guardado todo aquello en el ancho cajón, y lo he cerrado después, sin dar hospitalidad en su seno a aquel descolorido cuadernito de apuntes. El cuaderno, roto con mano enérgica, ha ido a parar al cesto. No de otro modo debe terminar lo que no tiene razón de ser en este enorme drama.

MANUEL AZNAR.

CARBÓN DE ALONSO.



-PLUS ULTRA-



Maria
Clara
Esther
Paz



FOTOGRAFIA
de VANDIEL.



La felicidad más grande
de la mujer consiste en saber que su
hogar está libre de padecimientos físicos y que
tanto ella misma, como cuantos la rodean, están sanos.

IPERBIOTINA MALESCI

el tónico de los nervios y de la sangre, más poderoso y más fácil de tomar, hace hogares felices porque
hace hogares sanos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci-Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: M. C. de MONACO, VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

LAS MONTAÑAS ROCOSAS EN EL COLORADO



EL MONTE HALLETT, DE 12.725 PIES DE ALTURA, VISTO DESDE LA MONTAÑA FLATTOP.



EXTERMINACION DE LOS BARRILLOS

La grasitud y brillantez del cutis, la dilatación de sus poros y los puntos negros que tanto afean, son defectos que no deben menguar con su existencia, los encantos de un rostro femenino y mucho menos siendo posible librarse de estas molestias instantáneamente, por medio de un nuevo y científico procedimiento, tan sencillo como eficaz. Obtenga algunas tabletas de stymol en cualquier buena farmacia, tratando de conservarlas bien tapadas y aisladas de la humedad. Eche una tableta en un vaso con agua caliente y tan pronto como la efervescencia que produce haya cesado, bañe usted su rostro con el agua estimulada, secándose luego con una toalla limpia y blanca. El efecto es asombroso y quedará usted encantada al notar que los puntos negros habrán salido fácilmente y sin dolor, la grasitud habrá desaparecido y los poros dilatados se habrán contraído, dejando la cara alisada, limpia y fresca. Es necesario repetir el tratamiento con in-

La Belleza juvenil puede conservarse casi indefinidamente. Consejos prácticos de la especialista

Charlotte Rouvier

tervalo de algunos días a fin de obtener un resultado permanente.

NO PONGA VD. CARA DE VIEJO

Las caras añaden años a nuestra persona. Las desventajas de teñirse el pelo son tantas, que no es necesario mencionárselas. Pocas personas saben que una sencilla receta al estilo de nuestros abuelos, que puede hacerse en casa, devuelve prontamente el color primitivo a las caras, sin producir ningún daño al cabello. No hay más que comprar en la botica dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de bay rum o espíritu de laurel. Con una esponjita se aplica la loción al cabello durante algunas noches y se conseguirá perfectamente el objeto deseado. Esta fórmula tan sencilla ha dado el mejor resultado a cuantos la conocían y usaban en las pasadas generaciones. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

RECUPERAR LA BELLEZA PERDIDA

Si en general las mujeres se decidieran a suspender el uso de cosméticos, cremas, etc., adoptando en cambio un procedimiento más sencillo y práctico como consecuencia lógica de un breve razonamiento, podrían recuperar y conservar indefinidamente el atractivo aspecto de un cutis joven y hermoso. Los malos cutis tienen su origen generalmente en la dificultad con que tropieza la piel para separarse gradualmente de su cubierta exterior como debiera ocurrir por ley natural, lo cual tras por resultado que el velo externo de piel medio muerta continúa adherido, hasta que tal desarreglo determina las manchas y arrugas que tanto afean el rostro de una mujer.

Lo natural en este caso, es eliminar esa epidermis de aspecto desagradable, lo cual puede hacerse con rapidez y sin peligro alguno aplicándose una pequeña cantidad de buena cera mercolizada, sustancia cuyo uso es muy simple y nada tiene de desagradable. En esta forma se extirpa

muy pronto la epidermis sin vida, dejando así al descubierto la piel nueva y tersa que se encuentra inmediatamente debajo.

Si usted quiere ensayar este procedimiento tan sencillo y económico, basta adquirir en su farmacia un poco de cera mercolizada y aplicársela en el rostro durante algunas noches, como si se tratara de cold cream. Tenga la seguridad que con un cutis bello y suave el corazón se siente más joven.

El producto genuino se expende al público en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax» impresa en azul.

PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

Los jabones y los shampoo artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada envase contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo, lo que, al fin y al cabo resulta económico.

EFICAZ REMEDIO CONTRA EL VELLO

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento del vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.



GOOD YEAR



EL NEUMATICO QUE REALZA LA BELLEZA DEL AUTO.
Por su esmerada elaboración, por la alta calidad de las materias primas que entran en su fabricación, por el confort que dan al coche, y por el gran kilometraje que rinden, los neumáticos GOODYEAR son hoy preferidos por la mayoría de los automovilistas.

Exija a su proveedor GOODYEAR y no otro.

THE GOODYEAR TIRE & RUBBER Co. OF SOUTH AMERICA
ESMERALDA, 601 esquina TUCUMAN - Buenos Aires



Fajas sobre medida para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para **embellecer el cuerpo** como para cualquier defecto del mismo. - Se aplican en las fajas placas neumáticas, **legítimas**, para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc., con receta médica. - Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

PORTA Hermanos

341, PIEDRAS, 341 - Buenos Aires

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA AL CALOR Y AL FRIO



Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX Celular**, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es este: Usar **AERTEX Celular**, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX Celular** y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES CASAS DEL RAMO.

THIS LABEL ON ALL GARMENTS

AERTEX

THE CELLULAR CLOTHING CO. LONDON

Esterbrook



ESTERBROOK & CO'S
FALCON PEN

La pluma más indicada para todos los usos y para todas las manos, es la FALCON No. 048 de ESTERBROOK.

De venta en todas las principales Librerías.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA

ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

[OJO CON LAS IMITACIONES] NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.



DE FAMA MUNDIAL DESDE 1770

Eau de Cologne

Yardley

El preferido de la aristocracia inglesa. Aunque lo mejor — No cuesta más.

Yardley. 8 New Bond Street, London.



AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA:
PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
LIBERTAD, 166. - BUENOS AIRES

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO COMO RECLAME



Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON». — Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

\$ 7.800 c/

Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T., 5448, LIB.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.— m/
Semestre (6 ")	" 6.— "
Año (12 ")	" 11.— "
Número suelto	" 1.— "

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	" 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Luxor



Pureza, finura y excelencia
son las cualidades predominantes en los

PRODUCTOS
DE TOCADOR **Luxor**

POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS, DENTÍFRICOS,
SALES, JABONES, TALCOS, SHAMPOO, ARTÍCULOS DE
MANICURA, etc.

Pídalos en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías

ARMOUR AND COMPANY
CHICAGO, ILL. - E. U. A.

REPRESENTANTES:
Frigorífico ARMOUR DE LA PLATA, S. A.

EXPOSICIÓN Y VENTA: AVENIDA DE MAYO, 660/70 - BUENOS AIRES





PHILIPS
ARCA

*Lamparita de
alta calidad*

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD

